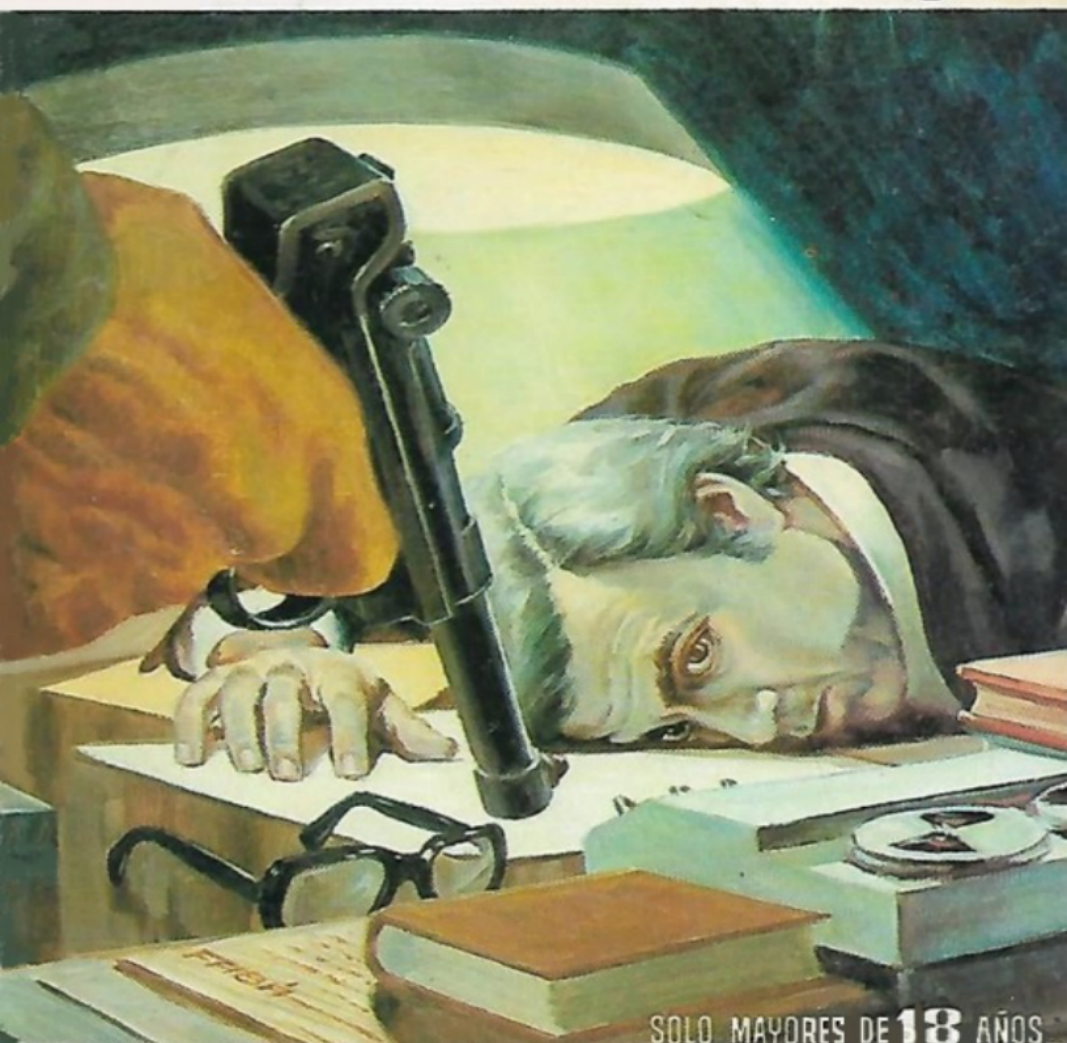


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LA CARNE EN EL ASADOR

Lou Carrigan



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

LOU CARRIGAN

La carne en el asador

Colección PUNTO ROJO nº 1077. Bruguera – dic/1982

CAPITULO PRIMERO

Le habían machacado la cabeza con una estatuilla de bronce de unos treinta centímetros de altura que representaba la Venus de Milo, lo que ya de entrada confirmó la generalmente mala opinión que el teniente Nelson Gray tenía de las mujeres.

La estatuilla, manchada de sangre seca y esquiras de hueso craneal adheridas, yacía en el suelo, cerca del cadáver. El crimen era doblemente repugnante por cuanto la víctima, en vida, había estado paralítica de ambas piernas.

—¡Hace falta tener malas entrañas para matar así a un pobre paralítico! —había exclamado el conserje.

Ahora, el paralítico yacía de bruces frente al sillón de ruedas del cual había caído al morir o mientras le golpeaban bestialmente en la cabeza. No era un espectáculo agradable, desde luego.

Su nombre era Charles Watkins, y tenía unos sesenta años. Según el conserje, el señor Watkins no había sido precisamente simpático, pero se podía tratar con él. Había sido un hombre que, dado su estado, se veía obligado a pedir favores, y aunque no los pagaba prodigando sonrisas era más bien generoso, así que una cosa iba por la otra. Ya se sabe: si no te haces querer por tu carácter, hazte amar por tu dinero.

Todo lo que se veía en el salón-recibidor del apartamento estaba revuelto, como si hubiera pasado por allí un huracán. Conclusión por demás obvia: la persona o personas que habían matado a Charles Watkins se habían dedicado a buscar algo después de cometer el crimen. Si lo habían encontrado o no ya era otra cuestión, pero, a poco avisado que uno fuese tenía que pensar que el motivo del crimen estaba en aquella cosa que el asesino o asesinos habían buscado luego con tanto ahínco.

Y ciertamente, si habían encontrado esa cosa, y, lógicamente, se la habían llevado, la policía carecería de una pista tan importante. Pero, bueno, siempre quedan otras pistas, dando por sentado que no hay crimen perfecto.

Así que la cuestión era encontrar esas otras pistas, ya que suponer que iban a encontrar lo que el asesino o asesinos habían ido a buscar era mucho suponer, tener demasiada fe en la providencia. Sobre todo teniendo en cuenta que el asesino sabía lo que buscaba, y la policía no tenía ni idea al respecto, por el momento.

El sargento Mills miró a Nelson Gray y preguntó:

—¿Echamos un vistazo por el resto del apartamento, teniente?

Nelson le hizo un gesto de espera, y siguió contemplando el escenario del crimen. Era un salón corriente, no demasiado amplio, y punto. A su espalda tenía la puerta de entrada, a su izquierda se abría un pasillo hacia el resto del apartamento. Delante había dos ventanas,

una a cada lado de la salida a la terraza. A su derecha, una simple pared, con un par de cuadros y una librería, que era la separación con el apartamento vecino. Este apartamento, según el conserje, estaba ocupado por la señorita Loving, que había sido mencionada por el conserje en la explicación que dio a Nelson cuando éste llegó con sus hombres:

—Esta mañana, la señorita Loving se acercó a mi cabina cuando salía para ir al trabajo, y me dijo que había estado llamando al señor Watkins, pero que éste no le había contestado. Supuso que debía estar durmiendo todavía, de modo que no insistió. Me pidió que aunque fuese a media mañana subiera a ver si el señor Watkins necesitaba algo, y se fue. Hacia las once subí, llamé, y no obtuve respuesta. Me fui. Después de almorzar volví a subir y llamé de nuevo, pero tampoco obtuve respuesta. Volví a mi sitio, un poco preocupado, y después de esperar otra hora se me ocurrió que quizá el señor Watkins se encontraba tan mal que no podía contestar. Un infarto o algo así, ¿comprende? Así que cogí la llave duplicada, subí, entré, y lo encontré así. Entonces, llamé al Departamento de Policía... No —había sonreído—, no toqué nada. Llamé desde mi cabina.

—¿La señorita Loving vive en el edificio, naturalmente?

—Justo en el apartamento de al lado, terraza con terraza.

—¿Tiene algún parentesco con la víctima?

—No, no. Es sólo una simpática vecina. Una chica muy amable y muy bonita. Todos los días visita al señor Watkins, le prepara algo de comer, o café, le hace pequeños servicios.

—¿Por simple amabilidad? —había alzado las cejas Nelson Gray.

—Oh, sí, desde luego.

—¿Podríamos localizar ahora a la señorita Loving?

—No, lo siento. Ella hace poco más de dos meses que vive aquí, y todavía no he conseguido saber dónde trabaja y en qué.

—¿A qué hora suele volver?

—Hacia las cinco y media de la tarde. Pero muchas veces aparece en el momento menos pensado. Debe tener un trabajo con horario libre. Nelson Gray miró su reloj. Eran las cuatro y veinte de la tarde. Luego había vuelto a mirar al conserje.

—Se me ocurre, señor Gowns, que tal vez debió entrar aquí usted la primera vez que subió, ya que tiene llave, y el señor Watkins era paralítico.

—Ya, ya —rezongó el conserje—. Nada de eso, teniente. Cuando utilicé mi llave fue porque estaba alarmado, y eso hasta el señor Watkins tenía que comprenderlo, después de haber llamado varias veces sin obtener respuesta, así que no habría podido enfadarse. Hace tiempo le subí no recuerdo qué, y pensando en evitarle molestias abrí con mi llave. Se puso hecho una fiera.

—Comprendo. Pero tal vez llegó usted en un momento inoportuno en aquella ocasión.

—Tal vez. Aunque yo creo que no. Todo lo que estaba haciendo era mirar por ese periscopio, o lo que sea.

Señaló hacia la ventana de la izquierda, frente a la cual estaba lo que, precisamente, más había llamado la atención de Nelson Gray, aparte del cadáver, por supuesto. No era un periscopio, sino un telescopio de astrónomo aficionado, le parecía a Nelson. Le había llamado la atención por sí mismo y porque posiblemente era la única cosa que no parecía haber sufrido violencia. Estaba sobre su trípode, frente a la ventana, a una altura más bien baja, es decir, adecuada para que el señor Watkins pudiera mirar las estrellas desde su silla de ruedas.

Nelson se acercó al «periscopio», se inclinó ante la lente, y echó un vistazo. Ciertamente, tal como había supuesto, desde allí no se podía ver muchas estrellas. En cambio, si el telescopio hubiera estado colocado en la terraza, el señor Watkins habría tenido todo el cielo a su alcance.

Pero allá estaba, ante la ventana, apuntado un poco hacia abajo. Nelson no vio más que cortinas, así que soltó un gruñido, se acercó a apartarlas, y volvió a mirar.

Asco de panorama.

¿Qué estaba viendo el teniente de homicidios Nelson Gray?

Pues chicas. Docenas de hermosas muchachas en bikini, y no pocas en monokini, mostrando sus bonitos pechos tostándose al sol de la tarde. También había hombres, y mujeres menos atractivas, y niños, Pese a la hora, todavía había bastante gente en la playa de May Beach, la pequeña y encantadora cala en la isla de Santa Catalina.

Nelson se irguió, y se volvió de nuevo hacia el conserje.

—Yo diría que el señor Watkins lleva muerto unas dieciocho o veinte horas — murmuró—. Es decir, que calculo que lo mataron anoche, a eso de las diez. ¿Vio usted entrar o salir a alguien sospechoso?

—¿A esa hora? No, señor, claro que no.

—¿Y por la tarde?

—Tampoco.

—¿Está usted siempre en su puesto?

—Pues... no —el señor Gowns se sonrojó levemente—. La verdad es que de cuando en cuando salgo a darme una vuelta por la playa. Para estirar las piernas un poco, ¿sabe?

El teniente Gray sonrió entre indulgente y fastidiado. Después de haber visto las chicas en la playa no necesitaba que el conserje le dijera tontas mentiras respecto a sus paseos. Las malditas mujeres.

Se acercó a la puerta-ventana que daba a la terraza, y la abrió. El conserje quedó un instante atónito, y luego miró al sargento Mills.

—¿No podrían haber huellas ahí? —susurró.

—Si hay huellas ahí —explicó amablemente Mills— las habrá también en otros sitios del apartamento, y las obtendremos. Pero no encontraremos huellas, señor Gowns, porque el asesino debió utilizar guantes, seguro.

—Pero si le acompañaba otro hombre...

—No. Para matar a ese pobre hombre basta un solo asesino, y siempre pasa más desapercibido un hombre solo que dos o tres. De modo que vino un solo hombre, y no dejó huellas.

—Eso es lo que ha pensado el teniente?

—Exactamente.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque si lo he pensado yo, él lo ha pensado todavía mejor. No se preocupe, señor Gowns, el teniente sabe muy bien lo que hace. De todos modos, siempre es mejor no tocar nada, por si los de Huellas tienen suerte. Por cierto —miró su reloj— que no pueden tardar.

Nelson Gray estaba en la terraza. Allí, el panorama cambiaba mucho con respecto al interior del apartamento. Cambiaba tanto que uno casi podía olvidarse de que tras él había un hombre asesinado. Era un hermoso día de verano, resplandeciente de sol, que parecía teñir en tono dorado la cala.

May Beach era una cala reducida, en forma de U abierta al mar. La playa estaba en el seno de la U, en la curva inferior. A los lados, sobre la rocosa vertiente ascendente, había numerosos chalés, alguna que otra villa de cierta fastuosidad, con grandes terrazas, y sólo unos pocos edificios de apartamentos como el en que se hallaba Nelson Gray, eso sí, ninguno más alto de tres pisos. Belleza urbanística, se llamaba a eso.

Desde la terraza de Charles Watkins se veía toda la playa y prácticamente todas las casas a uno y otro lado de la cala. El lugar era, en fin, como esos que salen en las tarjetas postales que se envían a los amigos: querida Maggie, estoy en este maravilloso lugar, donde lo estoy pasando requetebién y hay unos chicos estupendos que además son muy simpáticos. Ya te contaré más cosas a mi vuelta. Besos, Mary. Durante un par de minutos Nelson estuvo mirando la playa, los chicos estupendos y simpáticos, y las chicas y sus soleados pezones. Unos cuantos jóvenes practicaban el *surfwind*, aunque con cierta dificultad, pues la cala quedaba bastante resguardada, y no llegaba allí demasiado viento para impulsar las coloridas velas. ¡Qué bien se podía pasar en la vida!

Por fin, Nelson giró hacia su derecha, y se acercó a mirar la terraza vecina, separada de la de Charles Watkins por un murete más bien simbólico y de un metro y medio de altura cubierto de plantas trepadoras y flores. Por encima de este muro echó un vistazo a la otra terraza que era idéntica, es decir, simétrica. Había algunas plantas,

una tumbona, y una mesita sobre la cual distinguió una revista, cigarrillos, cerillas y una lima para uñas. La puerta-ventana del apartamento estaba cerrada. La señorita Loving estaba trabajando.

¿O no?

¿Volverían a ver a la señorita Loving?

Fruncido el ceño, Nelson llegó a la definitiva conclusión de que sí la verían. Habría sido absurdo matar a Watkins a las diez de la noche y marcharse con intenciones de no volver a las ocho de la mañana.

Nelson Gray regresó al interior del apartamento, miró al conserje.

—¿Recibía el señor Watkins muchas visitas?

—No... Casi nunca, por no decir nunca.

—¿Digamos que su relación con el mundo exterior se reducía a usted y a la señorita Loving últimamente?

—Más o menos.

—Aparte de la señorita Loving, ¿le visitaba algún otro vecino del edificio?

—Me parece que no. No era muy sociable, la verdad.

—Naturalmente —Nelson señaló la estatuilla caída en el suelo— había usted visto esa figura en el apartamento antes de esta mañana.

—Claro. Estaba en esa mesita, bien a la vista. Podía verla todo el que entrase aquí.

—¿Tiene eso importancia?

—Podría tenerla. Se me ocurre que si alguien quería matar al señor Watkins y ya conocía el apartamento no necesitaba venir con arma alguna: con recordar la estatuilla tenía suficiente.

El señor Gowns estuvo unos segundos pensativos antes de preguntar:

—¿Quiere decir que el asesino ya conocía este apartamento, que había estado antes aquí?

—Podría ser. En realidad casi me atrevo a asegurarlo, señor Gowns. La cerradura de la puerta no ha sido forzada, así que, evidentemente, el señor Watkins abrió la puerta. El asesino llamó, el señor Watkins se desplazó en su sillón rodante, y le abrió la puerta. Dado su carácter poco sociable me inclino a creer que su visitante era una persona conocida, y que no le caía mal. De otro modo, quizá no habría abierto la puerta. ¿Qué opina usted?

—Creo que tiene razón —murmuró el conserje.

—Voy a pedirle un favor, señor Gowns: vaya a dar un paseo por la playa hasta que uno de mis compañeros acuda en su busca. ¿Cuento con ello?

—No tengo inconveniente —se desconcertó Gowns—, pero... ¿por qué?

—Porque no quiero que usted le diga a la señorita Loving lo que ha ocurrido. Quiero que ella llegue, suba a su apartamento y todo lo demás como si nada hubiera ocurrido.

—Dios del cielo... —jadeó Gowns—. ¿Sospecha usted de esa encantadora criatura? Además, ella se enterará de todos modos de que algo ha ocurrido: verá los coches de ustedes, o algún vecino de los que están ahí fuera fisgando se lo dirá...

—Tenemos tiempo de arreglar las cosas de modo que la señorita Loving no se entere de nada. Alejaremos los coches, y pediremos a los vecinos que regresen a sus apartamentos. El sargento Mills se encargará de esa parte. ¿Cuento con usted, señor Gowns?

—Me parece una gorrinada, la verdad.

—Es sólo un experimento policial.

—Bien... De acuerdo.

El conserje abandonó el apartamento, y enseguida, en lugar de atender su parte, Mills la delegó en uno de los detectives acercándose acto seguido a Nelson.

—Prefiero seguir aquí, si no le importa, teniente.

—No, en absoluto. Eche un vistazo por el telescopio.

Larry Mills obedeció la indicación. Estaba deseando hacerlo, en realidad. Se inclinó, y estuvo casi un minuto mirando hacia la playa, sin tocar el telescopio en ningún momento. Por fin se irguió, miró a Nelson, luego al cadáver, y de nuevo a Nelson.

—Parece que el señor Watkins tenía aficiones agradables —comentó—. No he visto nunca tantas chicas bonitas enseñando sus cosas.

—A mí me producen la sensación de un montón de carne a la parrilla. O en el asador. Están ahí como la carne en el asador.

—Bueno —sonrió Mills—, tomar el sol es muy agradable, teniente.

—Sin la menor duda. Pero lo de ahí abajo sigue siendo carne a la parrilla.

—Pues digamos, entonces, que el señor Watkins no era vegetariano... ¡Pobre hombre! A su edad, paralítico, y tener que conformarse con espiar a las chicas con un telescopio.

—Yo diría —deslizó suavemente Nelson Gray— que siempre se pueden encontrar soluciones a las dificultades, si se tiene dinero.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Mills.

—Un apartamento en May Beach vale mucho dinero. Me inclino a creer que el señor Watkins era un hombre rico: el apartamento, el sitio, ningún trabajo que atender... Debía tener una buena renta. Por ejemplo, ese telescopio debe valer quizá cuatro o cinco mil dólares. No los encontrará mejores, para aficionados.

—Bueno... Sí, de acuerdo. Era rico. ¿Y qué?

—Si yo fuese rico, y me gustasen las chicas, me las arreglaría para procurarme complaciente compañía. Muy discretamente, tal vez, pero lo haría sin vacilar. Siempre hay chicas que por dinero hacen cualquier cosa. Incluso complacer sexualmente a un paralítico de mal carácter. Sí, yo procuraría tenerla cerca, siempre a mi disposición.

—Dios... —jadeó Mills—. ¿La señorita Loving, la del apartamento de al lado?

—Es sólo una idea. El señor Watkins tenía sesenta años, no podía salir en busca de diversiones, pero le gustaba mucho la carne en el asador. Bueno, sólo era cuestión de traerse la carne a casa.

—No es que sea descabellado —movió la cabeza Mills—, pero me parece sencillamente terrible lo que usted dice, teniente.

—Echemos un vistazo al resto del apartamento.

Un minuto más tarde el teniente de homicidios Nelson Gray se había enamorado.

CAPITULO II

No era por nada especial, salvo que, en líneas generales, Nelson consideraba tontas y hasta un poco estúpidas a la mayoría de las mujeres. Tenía sus propias razones para ello, ciertamente, no se trataba de una arbitrariedad o de una postura machista, ni nada parecido. Ocurría que él, a sus treinta y dos años, era todo un tipazo, como suele decirse, y las mujeres, en cuanto lo tenían a tiro, comenzaban a ponerse en evidencia. Hacían las mil y una tonterías para camelarlo, y claro está, parecían tontas, si no lo eran. Nelson Gray, desde muchachito, había disfrutado de los favores de mujeres de diversas edades hasta llegar a la conclusión de que todas eran unas cretinas cazadoras de hombres, por mucho que hablasen y por muy liberadas que dijeran estar. Desde las quinceañeras de su época estudiantil hasta las succulentas cuarentonas de carnes prietas y sabias, todas iban a la pesca del tiburón..., que era él, por supuesto.

Durante algunos años, todo fue bien. Lo pasaba fenómeno, claro. Pero un día descubrió que estaba harto de carne tonta, y que lo que él quería era una mujer con la que poder hablar, mirarla tranquilamente a los ojos, acariciarle las mejillas sin aires de dominador, y, sobre todo, ¡Dios bendito!, poder *conversar* con ella. No charlar o parlotear, sino *conversar*. Y esto era precisamente lo que sus huestes de amantes no sabían hacer. Charlaban y parlotearaban, y mientras tanto hacían exhibiciones anatómicas que se consideraban tentadoras, y ya está. Así que se cansó de carne tonta, y decidió cortar por lo sano, tristemente convencido de que jamás encontraría a la mujer de sus sueños.

Bueno, pues acababa de encontrarla. En fotografía, eso sí.

En docenas de fotografías, algunas de ellas casi de tamaño natural. Había fotografías de la chica en todas las paredes del laboratorio fotográfico al que finalmente habían llegado él y el sargento Mills en su inspección ocular; laboratorio que, como el resto del apartamento, estaba revuelto y poco menos que destrozado.

Pero las fotografías de la muchacha estaban allí, en la pared. La misma chica en diferentes posturas y planos. Primeros planos del rostro, tanto de frente como de perfil, y fotografías de ella rodeada de flores, y fotos en las que aparecía desnuda tendida sobre una toalla tomando el sol... La carne en el asador.

Era, más que bellísima (que lo era), encantadoramente deliciosa y sería. Sería a pesar de sus frecuentes sonrisas fotográficas. Tenía los ojos color malva, o algo así; la boca un poco grande y llena; unas orejas pequeñas y graciosas, y una nariz apenas respingona que era un encanto. Rubia, rubia, rubia, rubia, no podía ser más rubia. Y sus cabellos eran una locura de rizos dorados. En cuanto a su cuerpo, allá lo tenían, en las fotografías, espléndido y hermoso como el de una

vikinga.

—La madre que me parió —pudo jadear por fin el sargento Mills—. ¡Qué preciosidad!

—¿Esa es la madre que lo parió, Larry? —preguntó Nelson.

—¡No! —rió el sargento—. ¡Ojalá, porque entonces yo sería tan apolíneo como usted, o más! ¡Dios...! ¿Alguna vez vio antes criatura tan hermosa?

—Me gustan sus ojos —dijo Nelson Gray.

—¿Sus ojos? Sí, claro, son preciosos... ¡pero no hablemos del resto! ¿Quién puede ser?

Seguramente alguna de esas chicas de calendario, o de revista sólo para hombres... ¿De dónde habrá sacado el señor Watkins esa chica?

—Tal vez de un anuncio en el periódico. Y bromas aparte, parece que en efecto, pudo hacerle él personalmente las fotografías. ¿Recuerda si el señor Gowns ha mencionado este laboratorio, la afición fotográfica de Watkins?

—No lo ha hecho. No debía saberlo. Y es extraño... Hay cámaras fotográficas de primera calidad por todas partes, éste es todo un laboratorio... Bueno, de aficionado, pero...

—Al parecer, el señor Watkins era tan aficionado a la fotografía como a la astronomía. Larry Mills captó en seguida la idea.

—¿Quiere decir que ese telescopio lo utilizaba para obtener fotografías, ya fuese utilizándolo como teleobjetivo o para buscar en la playa chicas a las que fotografiar?

—O en las terrazas de todos los chalés y villas y edificios de apartamentos de alrededor suyo. Su situación para conseguir eso era privilegiada: tiene casi toda la cala a su alcance.

¿Se lo imagina atisbando tras la ventana con su telescopio, a la caza de fotografías interesantes?

—Sí, me lo imagino. Y a esta chica la consiguió en alguna terraza de la cala, desde luego. Bueno, quiero decir que no creo que ella viniera aquí a posar para él. ¿O sí? ¡Demonios...! ¡Se me acaba de ocurrir una idea!

Nelson Gray asintió.

—El asesino vino a buscar alguna o algunas fotografías —murmuró.

Se quedaron mirándose. Luego, ambos volvieron la mirada hacia las fotografías de la vikinga.

—Bueno —dijo Mills—, si es así, lo seguro es que no buscaban la de esta chica. ¿Quién debe ser? ¡Me gustaría mucho conocerla!

—Ya se la presentaré —dijo Nelson.

—Muy gracioso —farfulló Mills—. Bueno, veamos, después de ver esto no tenemos más remedio que pensar que el señor Watkins tiene o tenía en este apartamento cientos o miles de fotografías, posiblemente todas de chicas. Pero yo sólo veo la de la diosa. ¿Se llevaron todas las

demás y dejaron ésta?

—No se llevaron ninguna fotografía —aseguró Nelson.

—¿Ah, no? ¿Pues dónde están? ¿O quiere decir que no había tales fotografías?

—Hemos supuesto que sí. Supongamos que había mil fotografías. Ya son fotografías, ¿no? Quiero decir que no serían fáciles de ocultar, como si se tratase de una sola, o de un peine. Mil fotos deben abultar lo suyo, así que no hay que revolver todo un apartamento para encontrarlas. De modo que, o estaban tan a la vista que no hacía falta registrar prácticamente nada..., o estaban tan bien escondidas que el asesino no las encontró, pese a su esfuerzo en ese sentido.

—Quizá las encontró, finalmente.

—¿Y se las llevó *todas*?

De nuevo cazó Mills la idea.

—¿Quiere decir que buscaba *una* fotografía en particular? ¿O un juego de fotografías sobre el mismo tema? Tal vez tenga razón. Si hubiese encontrado las fotografías habría retirado las que le interesaban y habría dejado las demás tiradas de cualquier manera por aquí... Así que lo interesante sería saber qué fotografía o qué juego de fotografías buscaba.

—Sí, eso sería lo interesante.

—Lo seguro es que no buscaba las de la diosa —insistió Mills, señalando a la chica de la pared—. De todos modos, si yo pudiera robaría las fotos de esta chica.

—¿Y qué diría su mujer, sargento?

—Quizá la convenciese de que se trataba sólo de un elemento decorativo —rió Mills—. Bueno, ¿vamos a partir de la base de que el asesino vino en busca de unas fotos? Vino aquí, exigió las fotos, Watkins se negó..., y entonces lo mató a golpes de Venus de Milo y se puso a buscarlas.

—Hay otra pregunta: ¿cómo podía saber el asesino que Watkins tenía determinadas fotos que a él le interesaban? Me inclino a creer que Watkins no había dicho a nadie esta afición suya. Si alguien veía el telescopio sólo podía pensar que le gustaba contemplar las estrellas en sus noches de insomnio. Del laboratorio ni siquiera el conserje, que evidentemente estuvo aquí no pocas veces por una cosa u otra, sabía nada. Así que... ¿cómo podía saberlo el asesino?

—Quizá alguna vez vio a Watkins fisgando con su telescopio. Incluso pudo haberlo visto por el hueco de la ventana tomando fotografías.

—Esa es una de las posibilidades.

—¿Cuál es la otra? —ladeó la cabeza Mills.

—Chantaje.

Larry Mills parpadeó repetidamente. Luego, quedó con el ceño fruncido. Chantaje. Veamos: el señor Watkins se dedica a tomar

fotografías desde su ventana, bien escondido, tanto que quizá nadie pueda verle desde el exterior. En determinado momento consigue unas fotografías interesantes de alguien a quien conoce o sabe cómo localizar. Lo llama por teléfono, le dice que tiene unas fotografías que sin duda tienen que ser comprometedoras, y le pide dinero por ellas. Y ahí tenían la fuente de los ingresos del asesinado señor Watkins. Quizá incluso llevara mucho tiempo haciendo eso con tantas y tantas fotos que debía haber tomado..., hasta que se encontró con la horma de su zapato: alguien que no quiso pagar.

—Caray... —dijo Mills—. ¡Caray!

—Podríamos estar equivocados —sonrió prietamente Nelson Gray.

—Sí, podríamos estarlo. Pero estoy recordando ahora todo lo que se ve desde la ventana del señor Watkins. ¡Y no digamos lo que debe verse desde la terraza!

—Toda la cala, prácticamente.

—O sea, que ha podido tomar fotografías de todo el mundo en May Beach.

—Se diría que sí.

—Pues lo tenemos negro...

—Teniente —apareció el detective Koch en el laboratorio—, acaban de llegar los... ¡Caracoles!

Koch se quedó mirando con ojos desorbitados las fotografías de la vikinga. Parecía como enloquecido, sus ojos iban de un lado a otro vertiginosamente. Mills le dio una palmada en un hombro.

—Sosíégate: el teniente nos la presentará pronto, y quizá alguno de nosotros tenga suerte.

—Pero... ¿esto qué es? —jadeó Koch—. ¿Un trucaje fotográfico?

—¿Trucaje? —alzó las cejas Nelson, entre sorprendido y alerta—. ¿Por qué dices eso, Koch? ¿Entiendes de fotografías hasta ese punto?

—No, no... Quiero decir que no es posible que exista una chica así.

—Que sí, hombre —machacó Mills—. Y el teniente nos la presentará en breve. ¿Ibas a decir que han llegado los de Huellas?

—Sí. Y el forense. Vance ha hecho alejarse la ambulancia, de momento.

—Perfecto —asintió Nelson—. Vamos allá.

—¿Puedo quedarme una de estas fotos, señor?

—No —negó Nelson.

—En todo caso —gruñó Mills—, ponte en la cola; yo tengo el primer puesto.

Salieron del laboratorio, Koch dando tropezones al ir mirando hacia atrás. Nelson cerró la puerta del laboratorio.

En el salón-recibidor estaban los de Huellas, ya trabajando con las fotografías, para comenzar. Nelson saludó, y se acercó al ventanal que daba a la terraza. Sí, señor: toda la cala a disposición de la habilidad

fotográfica de Charles Watkins. Fotografías de cientos, de miles de personas en todas las partes de la cala. En la playa tomando el sol, en las terrazas, incluso dentro de las habitaciones... Y sin la menor duda su equipo le habría permitido tomar fotografías de noche. Vaya que sí. Nelson volvió a mirar por el telescopio. A más de dos millas mar adentro navegaba un yate, en cuya cubierta de popa había cinco personas: tres mujeres y dos hombres. Una de las mujeres era muy joven, una morena muy bonita, que tenía los pechos al aire marino. Lo veía todo tan bien que incluso podría haber sabido lo que hablaban observando el movimiento de sus labios.

La carne en el asador. Si aquella jovencita, en lugar de estar conversando con sus mayores hubiera estado haciendo el amor con un marinero, lo habría visto perfectamente, como si los tuviera a cinco metros...

También veía piscinas en las villas más grandes. Y dentro de un dormitorio una pareja de mediana edad que se estaban vistiendo. En la playa, un muchacho rubio estaba besando a una chica pelirroja. En la terracita de uno de los numerosos chalés una chica en albornoz estaba tendiendo una gran toalla de playa. Dentro del salón de otro chalé, que se abría a una terraza, había un hombre y una mujer, besándose, ambos desnudos. En cuestión de segundos la muchacha se tumbó en el sofá, haciendo gestos de invitación al hombre... Nelson desvió la mirada cuando él se disponía a penetrarla. Un muchacho caía en aquel momento al agua desde su tabla de *surfwind*...

—Teniente.

Nelson se irguió, y se quedó mirando al forense, que había efectuado el primer examen de la víctima.

—¿Si?

—Bueno, de momento es lo que se ve: muerte por lesiones múltiples en la cabeza producidas con esa Venus. Le pasaré por la mañana el resultado de la autopsia, pero puedo adelantarle que no creo encontrar nada nuevo.

—De acuerdo. Gracias, doctor.

—¿Nos lo llevamos?

—Voy a rogarle que esperen un poco. Estoy esperando algo que considero importante.

—No hay problema. ¿Puedo echar un vistazo?

Nelson se apartó del telescopio, y se acercó al jefe del equipo de Huellas, que le había hecho una seña.

—¿Sí, Miles?

—Buscaban algo —dijo Miles—, ¿Tenemos idea de lo que puede ser?

—Con exactitud, no. Pero podría ser una serie de fotografías. Quizá una sola fotografía, quizá una docena..., y quizá pueda haber mil o dos mil fotografías. Hay un laboratorio adentro. Échale un vistazo

luego, ¿quieres?

—Seguro. Coño, qué manera de matar a un hombre... Y encima era inválido. Me gustaría verle la cara cuando encuentre al tipo que pudo hacer esto.

Nelson asintió, y se quedó parado casi en el centro del salón, observando cómo trabajaban los de Huellas. Encendió un cigarrillo y miró su reloj. Ya eran las cinco y veinte. Tenía unos ojos preciosos, pero sobre todo, límpidos. Sí, límpidos. Inteligentes. A lo mejor hasta era de las que sabían conversar con un hombre sin necesidad de estar haciendo monerías todo el tiempo, como enseñar las piernas, o los pechos, o lo que fuese. Se imaginó su cabellera llena de rizos salpicada de flores, y él metiendo el rostro entre unos y otras.

La idea de que podía haber sido el juguete a domicilio de Charles Watkins le explotó en la mente como un barreno. Nada que oponer a que un inválido de ambas piernas obtenga sus gratificaciones sexuales. Nada en absoluto. Sus deseos y derechos son tan legítimos y humanos como los de cualquiera otra persona. ¡Pero con la vikinga...! Bueno, se puede ser hermosa, inteligente, y puta, ¿no? Maldita sea. Pasarían siglos antes de que consiguiera olvidar aquellos ojos de color malva. Maldita sea.

Se trabajaba en silencio, ahora por todo el apartamento. Tan en silencio, que Nelson Gray pudo oír, de pronto, el chasquido de una puerta al ser cerrada, fuera del apartamento. Mills acudió velozmente junto a él.

—Creo que ha sido al lado —susurró.

Nelson Gray asintió, y se acercó a la pared de separación de ambos apartamentos, casi ocupada por entero por la librería llena de volúmenes de todas clases. Se colocó en el pequeño espacio ocupado por uno de los cuadros, y pegó la oreja a la pared. Al otro lado del cuadro Mills hizo lo mismo.

—Ha puesto música —dijo en un susurro.

Nelson no dijo nada. Se oía la música, y eso era todo. Una música ligera, de ambiente, sin más. No la conocía.

—¿Cree que vendrá aquí? —musitó Mills.

Nelson permaneció en silencio. Pasaron casi diez minutos. Sólo se oía la música. Dos minutos más. Seguía la música. Nelson Gray se apartó de la pared, y fue hacia la terraza, a la cual salió. Se colocó encogido junto al murete de separación. Desde la cala llegaba como un rumor apagado de vida, de mar, de gentes, de motores. Pese a esto, oyó correrse la puerta-ventana de la terraza contigua. Y casi en seguida, la voz femenina sonó por encima de su cabeza:

—¡Señor Watkins! ¡Señor Watkins, he vuelto...!

Nelson Gray se irguió, y la muchacha soltó un fortísimo respingo y retrocedió de un salto, desorbitando los ojos, y exclamando en

seguida:

—¡Dios mío!

Allá la tenía. Se había duchado, y llevaba puesto un albornoz azul muy corto, que dejaba al descubierto sus espléndidas piernas. Su cabellera era increíblemente hermosa, era una locura de rizos dorados. Al natural todavía era más hermosa y vital de lo que expresaban las fotografías. Debía medir no menos de metro setenta y dos. Era una magnífica, impresionante vikinga.

—Buenas tardes, señorita Loving —consiguió murmurar Nelson, cuya impresión era tremenda.

—¡Qué susto me ha dado! —protestó ella—. ¿Quién es usted?

—Nelson Gray, teniente de la Sección de Homicidios del Police Department.

La señorita Loving, la vikinga, se quedó mirándolo fijamente con sus grandes ojos de color malva. Estuvo así unos segundos, parpadeó, se acercó a mirar por encima del muro hacia el interior del apartamento de Watkins, y miró de nuevo a Nelson, apenas a tres palmos de distancia. El corazón de Nelson Gray parecía haberse vuelto loco.

—¿Le ha ocurrido algo al señor Watkins? —preguntó, con el tono y la expresión de quien teme conocer la respuesta.

—Le han asesinado.

La señorita Loving se mordió los labios, mientras seguía mirando los ojos del policía; miraba rápidamente de uno a otro, como queriendo cerciorarse de que eran iguales. Desde luego había palidecido, pero no se notaba mucho, porque estaba deliciosamente bronceada. Claro, poniendo la carne en el asador del sol...

De pronto, ella dio media vuelta y regresó a su apartamento. Nelson asintió, regresó al de Watkins y se fue directo a la puerta, que abrió, llevando a Mills a su lado preguntando:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha dicho...?

Nelson abrió la puerta, donde ya estaba la señorita Loving. Mills se quedó de piedra, con los ojos desorbitados. Tres pasos detrás de él, el agente Koch se llevó el pasmo de su vida, y se quedó como Mills.

—Pase, señorita Loving —rogó Nelson—, Le presento al sargento Mills y al detective Koch.

Ella entró, los miró, y luego, de un salto, su mirada fue adonde yacía el cadáver, hacia el que corrió. Nelson cerró la puerta, y fue tras ella, que se acucilló junto a Charles Watkins. El albornoz se abrió, dejando al descubierto los espléndidos muslos dorados. Koch consiguió parpadear, respirar, y, por fin, moverse. Los demás empleados policiales miraban atónitos a la muchacha, que tras unos segundos de inmovilidad mirando a Watkins alzó la cabeza y miró a Nelson Gray.

—Por el amor de Dios... —tartamudeó—. ¡Es horrible!

Nelson asintió, miró a Miles, que asintió con un gesto, y luego al

fascinado forense, al que dijo:

—Ya pueden llevárselo, doctor. Koch, ve a decirle a Vance que todo está bien.

La señorita Loving estaba mirando ahora incrédulamente a su alrededor. Parecía no comprender nada. Koch pasaba junto a Mills, hacia la puerta, mascullando:

—Pues es verdad: nos la ha presentado.

—Pero... ¿qué significa todo esto? —preguntó por fin la vikinga.

—Parece que alguien estuvo buscando algo después de matar al señor Watkins —dijo

Nelson—. ¿Se le ocurre a usted qué podían buscar?

—¿A mí? No... Bueno, supongo que dinero, ¿no?

—¿Por qué supone que dinero?

—¿Qué otra cosa? No sé, no se me ocurre otra cosa.

—¿Quizá el señor Watkins acostumbraba tener sumas importantes de dinero en casa?

—La verdad es que no lo sé. Sé que tiene... que tenía mucho dinero, pero no sé si tenía por costumbre tener grandes sumas en casa.

—¿Cómo sabe usted que tenía mucho dinero?

—Él me lo dijo. Hace un par de semanas quiso regalarme una joya, y cuando la rechacé se echó a reír y dijo que no tenía tanta importancia, que para él ese gasto no significaba nada.

—¿Usted rechazó la joya?

—Naturalmente. No había motivo alguno para que la aceptase. Es verdad que yo era amable con él, le hacía algunas cosas, y pasábamos agradables ratos conversando, pero eso no merecía regalo alguno.

Nelson Gray asintió, fija su mirada en los ojos de la muchacha. Ella había dicho *conversando*, no *charlando*. Pero había dicho, además, otras cosas que poco menos que habían convertido en añicos las teorías pergeñadas hasta entonces. A saber: ella no tenía por qué aceptar regalos de él, lo que parecía implicar bien claramente que Watkins no se había traído la carne a casa, y Watkins había tenido mucho dinero, lo que podía destruir por completo la teoría de los chantajes fotográficos. Vuelta a empezar, por lo tanto.

—¿De qué conversaban ustedes? —murmuró Nelson.

—De muchas cosas. De libros, de música, de la gente de la playa, de las estrellas, de las religiones... Era un hombre muy culto.

—¿Usted también lo es?

—Creo que sí, teniente. ¿Y usted?

—Me definiendo —informó Nelson, mientras Mills reprimía una sonrisa

—. ¿Se le ocurre a usted algún motivo por el que alguien quisiera matar al señor Watkins?

—De ninguna manera. Sé que generalmente no era muy simpático, pero si ése fuese un motivo tendrían que matar a casi toda la

humanidad... ¡Pobre señor Watkins!

—¿Le apreciaba usted mucho?

—De un modo razonable. Hace poco más de dos meses que le conocía. Le vi una tarde en la terraza, le saludé, y charlamos un poco. Conversación circunstancial, ¿comprende?

—Por supuesto —frunció el ceño Nelson—. Pero tengo entendido que le visitaba usted con frecuencia, le preparaba algo de comer, café, cosas así.

—¿Por qué no había de hacerlo? Conmigo era amable, y a mí no me molestaba ayudar a mis semejantes. Aparte de eso, ya le he dicho que su conversación era... insólitamente agradable. No era aburrido, ni vulgar. En mi opinión tenía un espíritu refinado. Refinado, irónico... Creo que puedo decir que incluso era divertido.

Mills estaba estupefacto, y Nelson poco menos.

—¿Ha dicho usted... divertido?

—Eso he dicho. Me hacía reír con frecuencia. Tenía unas ocurrencias verdaderamente chocantes.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a muchas cosas. A veces salíamos a la terraza, y sus comentarios sobre la gente de la playa eran de lo más sabroso. Decía cosas que a mí jamás se me habrían ocurrido.

—Ya. Bueno, se diría que en tan poco tiempo ustedes llegaron a intimar mucho, señorita Loving.

La fijeza de la mirada de ella aumentó. Miraba a Nelson ahora especulativamente. Por fin, murmuró:

—No estoy muy segura, teniente, pero creo que está tratando de decir usted algo poco agradable. Puedo decirle que nuestra *intimidad* era la que debe considerarse corriente entre vecinos que simpatizan. Sin embargo, su idea en ese sentido parece otra.

—Tengo mis motivos.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—¿Sabe usted que el señor Watkins tenía un laboratorio fotográfico?

—No —se sorprendió la muchacha—. ¡No sabía eso! ¡Jamás me lo dijo!

—¿Quiere venir conmigo, por favor? Le mostraré el laboratorio.

CAPITULO III

La señorita Loving estaba atónita de verdad. O lo parecía. Miraba de una a otra de sus fotografías que recubrían las paredes del laboratorio, en silencio, entreabierta su hermosa boca de labios sonrosados. Su gesto y actitud era tal que Nelson Gray no tuvo más remedio que pensar que, a menos que la muchacha fuese una actriz profesional, aquélla era la primera noticia sobre sus fotografías.

Por fin, recobrándose de la sorpresa, miró a Nelson y murmuró:

—Son unas fotografías excelentes, ¿verdad?

—Sobre todo si tenemos en cuenta que, a juzgar por su actitud, usted no se dio cuenta de que se las tomaba.

—No, no me di cuenta. De verdad. ¡Y no comprendo cómo pudo hacerlas!

—Hay cámaras milagrosas, hoy en día. Pequeñas, rápidas, nocturnas... Algunas se pueden camuflar en los sitios más inverosímiles.

—Pues eso debió hacer. Casi todas están tomadas en su apartamento, si se fija en los fondos. Pero hay algunas en la terraza. Las de su terraza con las flores, las comprendo, pero no las de mi terraza, esas en las que estoy desnuda tomando el sol. Para hacerlas tuvo que mirar por encima del muro. Y estaba paralítico.

—Es evidente que el señor Watkins podía sostenerse sobre sus piernas, aunque sólo fuese unos segundos y sin caminar, por supuesto.

—Sí..., claro. En fin, son unas buenas fotografías. ¿Qué será de ellas, teniendo?

—No parece usted muy enfadada.

—Ni poco ni mucho. Están hechas, no tiene remedio. No es que me guste, pero tampoco voy a tirarme de los pelos. De todos modos, francamente, no me gustaría que se hicieran públicas. Sobre todo las de mi terraza, las que me muestran desnuda.

—Esas fotos no existirían si usted no tomara el sol desnuda en la terraza —deslizó

Nelson.

—Me cercioré bien de que no podían verme desde ningún punto de la cala. Si se ha fijado habrá observado que éramos el señor Watkins y yo quienes teníamos vistas sobre los demás, no los demás sobre nosotros. Pero, claro, no pensé en el propio señor Watkins. Y de todos modos, me gusta tomar el sol desnuda, y no tengo que darle explicaciones a nadie sobre ello.

—No he pretendido molestarla.

—Pero ha sido una observación desafortunada la suya.

—Lo lamento.

—¿Usted nunca ha tomado el sol desnudo?

—Nunca se me ocurrió que fuese necesario.

—Por supuesto que no es necesario. Pero es deliciosamente agradable. Me pregunto si usted es de las personas que sólo hacen las cosas necesarias o también le gusta hacer las cosas agradables.

—Reflexionaré sobre ello —frunció el ceño Nelson—, ¿Estuvo usted ayer tarde con el señor Watkins?

—Sí, unos minutos. Me fui a eso de las ocho. Tenía trabajo en casa.

—¿En casa? ¿A qué se dedica usted?

—Soy motivadora de una agencia de turismo.

—¿Motivadora? No comprendo bien. ¿De qué se trata?

—Invento frases para convencer a la gente de que el turismo es magnífico. Supongo que usted ha visto esos grandes carteles publicitarios de las agencias de viaje sobre Hawái, o Alaska, o Acapulco, Japón... ¿Los ha visto?

—Desde luego.

—Pues yo invento frases de esas que se ponen en los carteles. Visite Hawái: siéntase como al principio del mundo. Alaska: el blanco silencio que suaviza la vida. Japón: las verdes islas del sol naciente... ¿Comprende? Cosas así, o frases más largas para los folletos de mano, descripciones de lugares, rutas turísticas... Todo eso.

—Según parece ha viajado usted por todo el mundo.

—¿Yo? —la señorita Loving se echó a reír—. ¡Qué más quisiera! Lo más lejos que he llegado ha sido a Las Vegas y Acapulco. Es cuestión de leer mucho y estar bien informada, simplemente.

—Ya. Bien, se fue usted a las ocho, y estuvo trabajando. ¿Ya no volvió a ver o a oír al señor Watkins?

—No, ya no.

—¿Ni oyó a alguien que estuviera con él?

—No, no.

—Quizá tenía puesta la música, como ahora, y por eso no oyó nada.

—No, no la tenía puesta.

—¿Estuvo despierta hasta muy tarde?

—Creo que eran cerca de las once cuando me acosté.

—¿Y estuvo todo el tiempo en casa, no salió?

—No, no salí. Bueno, salí a...

Se calló bruscamente. Nelson Gray tuvo la impresión de que se producía todo un proceso recordatorio en los bellos ojos femeninos. Ella estuvo así algunos segundos, y por fin murmuró:

—Salí a las diez, más o menos, a comprar tabaco. Se me había terminado, y bajé a un bar que hay cerca de aquí, donde tienen una máquina. Estuve fuera unos cinco minutos, no más. Creo que ustedes pueden saber más o menos a qué hora matan a una persona...

—Más o menos sí.

—¿A qué hora... mataron al señor Watkins?

—Creemos que a eso de las diez de la noche.

—A esa hora —susurró la señorita Loving— vi a un hombre frente a la puerta del edificio. Me pareció que iba a entrar, pero al acercarme yo él se alejó. No me sorprendió, porque no vive en el edificio, o al menos yo no lo conozco. Lo olvidé en seguida. Subí, encendí un cigarrillo, y seguí trabajando. Y a los pocos minutos fue él quien puso música.

—¿Quién? ¿El señor Watkins?

—Sí. Y quizá un poco demasiado alta. Me sorprendió en él, pero pensé que no se daba cuenta. Al principio me molestó un poco, pero tenía que entregar un trabajo esta mañana, y en seguida me abstraí en él, así que la música dejó de molestarme.

—Comprendo. ¿Seguía sonando, la música cuando usted se acostó?

—No, ya no.

—¿Cómo era ese hombre? El que vio frente a la puerta.

—No lo vi muy bien, pero me pareció atractivo, bien vestido... Casi tan alto como usted, fuerte.

—¿Lo reconocería si volviera a verlo?

—No estoy muy segura. Si lo viera con las mismas ropas, en las mismas circunstancias, tal vez sí. Pero no estoy segura, la verdad.

—Eso significa que no podría dictar su rostro a un dibujante del Departamento.

—Me temo que no. Lo siento.

—Durante sus visitas al señor Watkins... ¿vio a alguna persona con él en alguna ocasión?

—¿Personas de visita, quiere decir?

—Sí, claro.

—No. Alguna vez, por la tarde, llegaban mensajeros con paquetes, el señor Watkins pagaba, y eso era todo. Nunca me dijo que contenían los paquetes, y claro está, yo no se lo pregunté.

—Podemos pensar que contenían material fotográfico. Papel, películas, ácidos... Todas esas cosas.

—Sí, podía haber sido eso.

—¿Recibía llamadas telefónicas?

—No, nunca.

—¿Las hacía él? Si tenía teléfono sería por algo.

—Claro. Pero nunca llamó a nadie en mi presencia. Tenía todo el día para hacer sus llamadas, ¿no le parece?

—Sin duda. ¿Diría usted que el señor Watkins era una buena persona?

—Sí. O para ser más exactos, no creo que fuese peor que usted o que yo.

—Entiendo. ¿Usted pasaba a ver al señor Watkins cada mañana antes de irse a trabajar?

La señorita Loving abrió la boca, y se quedó así, porque la voz de Mills, tras ella, explotó en el laboratorio:

—¡Teniente, venga a ver esto!

—¿Qué ocurre? —masculló Nelson.

—¡Venga a *verlo*!

—Voy en seguida. ¿Y bien, señorita Loving?

—Sí, casi cada mañana. No me costaba nada, y ayudaba a una persona.

—Eso es encomiable.

—Al menos no me meterán en la cárcel por ello.

—No —casi sonrió Nelson—. Todavía no sé su nombre, señorita Loving.

—Lorena.

—Gracias. Bien, le agradezco mucho su colaboración. ¿Pensaba salir esta noche? Lo digo porque si se me ocurre alguna otra pregunta que hacerle quisiera saber dónde localizarla.

—No saldré. No pensaba hacerlo, de todos modos.

—De acuerdo. La acompañaré a la puerta. Discúlpeme, pero tenemos mucho, trabajo que hacer aquí.

—Lo comprendo perfectamente. ¿Qué pasará con mis fotografías? —las señaló.

—Espero poder arreglarlo a satisfacción de todos.

Salieron del laboratorio, y Nelson acompañó a la muchacha hasta la puerta. Ambos miraron hacia el grupo de policías parados ante la librería, al parecer excitados mirando unos gruesos volúmenes. La señorita Loving se marchó, y Nelson se reunió con el grupo. Los volúmenes eran de gran tamaño, y en los lomos, según le mostró Mills, se indicaba que eran de Historia Universal. Pero su contenido no encajaba. En realidad eran grandes álbumes repletos de fotografías.

¡Y qué fotografías!

Chicas desnudas tomando el sol en terrazas o junto a piscinas, parejas besándose en la playa, parejas haciendo el amor de noche en una terraza o en la playa solitaria entonces... En el interior de una habitación dos hombres se estaban besando en la boca. En otra habitación de otro chalé un sujeto alto y grueso golpeaba a una muchacha...

Nelson alzó la cabeza, sin saber por qué. Lo comprendió en seguida: en el apartamento de al lado había cesado la música. Un espíritu delicado, el de la señorita Loving. Lorena. Lorena Loving. Ella *conversaba*. Tenía los ojos grandes, hermosos y limpios. Como en un fogonazo de *flash* pasó por la mente de Nelson Gray el recuerdo de las piernas de la muchacha al inclinarse sobre el cadáver de Watkins (que ya había sido retirado), y luego, el destello de la carne de los senos entrevista por el escote del albornoz, a la luz del laboratorio... Lorena Loving.

—Hay diez álbumes en total —decía Mills—. ¡Toda una historia

universal!

—Desde luego, estas tapas fueron encargadas expresamente así —dijo Miles—. Quiero decir que no arrancó las páginas de una enciclopedia para habilitarla luego como álbumes, sino que fueron hechos expresamente así, o sea, unas tapas con la inscripción de Historia Universal para unos álbumes destinados a contener fotografías. Están todos llenos hasta la mitad del noveno. El décimo está vacío.

—Cada foto tiene un número clave al pie —dijo Mills.

—No es un número clave —murmuró Nelson—, sino la fecha. Aunque se puede considerar un número clave. Este, por ejemplo: 200781-C. Observad que también existen las fotografías 200781-A, 200781-B, 200781-D, 200781-E... En mi opinión, esto significa que estas fotografías fueron tomadas el día veinte de julio del año pasado, y clasificadas luego por letras: A, B, C, D, E... Me pregunto si no existirá un índice en el que se explique a quién o quiénes corresponden las fotografías.

—¿Los nombres, quiere decir? ¿O sea, las fotos y el índice por separado?

—Podría ser, ¿no?

—Podría ser —titubeó Mills—, pero me parece un tanto complicado para un inválido. Él podía tomar fotografías, señalarlas con el día y una letra, pero... ¿cómo podría saber quiénes eran las personas fotografiadas en la playa o en las terrazas o habitaciones? No creo que fuese a preguntárselo, ¿eh?

—No hacía falta. Seguramente el señor Watkins no llegaba a saber el nombre de las personas fotografiadas en la playa, pero tal vez podía enterarse de quiénes son las personas de los chalés y villas de la cala, los que residen aquí. Con su telescopio, conociendo May Beach, y haciendo sus cálculos, podía saber, por ejemplo, que tal chalé corresponde al número 24 de Tal Calle, y tal villa al número 6 de Tal Avenida. Luego, un vistazo al listín telefónico le revelaría quién o quiénes viven en el 24 de Tal Calle y en el 6 de Tal Avenida.

—Bueno —aceptó Mills—, tal vez exista ese índice.

—¿Habéis encontrado caja fuerte? —preguntó Nelson.

—Todavía no —replicó Miles—, pero si la tenía la encontraremos. Y la abriremos. Quizá el índice esté en ella, en efecto. Quizá la encontremos aquí mismo, en la librería.

Nelson asintió, y se alejó unos pasos de la librería, caminando de espaldas, es decir, mirando la librería, abarrotada de libros y figuras de porcelana y cristal. De modo que las fotografías habían estado allí, bien colocadas en los gruesos volúmenes falsos de Historia Natural. No se podía decir que el asesino fuese muy imaginativo, desde luego. Claro que, posiblemente, lo que él buscaba era un fichero de fotos normal y corriente, con sus negativos... Y ésta era otra: ¿dónde

estaban los negativos? Nelson Gray tuvo la seguridad de que Watkins no se había desprendido de ellos. Claro que no. Si utilizaba las fotos para hacer chantaje tenía que guardar muy bien los negativos.

Miró algunas fotografías más, pasando páginas. La carne en el asador, desde luego. Por ejemplo, la fotografía de aquellos dos hombres besándose... O la del tipo que golpeaba a una muchacha. O cualquiera de las parejas que se veían besándose o haciendo el amor. No todo esto sería honesto, sin duda. Tal vez, las parejas que hacían el amor estaban formadas por un hombre y una mujer casadas con otra persona. Y luego, el tipo que golpeaba a la muchacha, mucho más joven que él: ¿un personaje importante para una amante díscola? Y no digamos la de los dos homosexuales besándose: quizá la publicación de esas fotos podía arruinar sus vidas, o complicársela no poco.

Mills se acercó a Nelson.

—O sea —gruñó—, que usted sabía que la diosa del laboratorio era la señorita Loving, ¿no es así?

—Sí —lo miró Nelson— Pero no porque sea adivino o más listo que usted, Larry. Simplemente, yo estuve mirando la terraza de la señorita Loving, y el suelo es el que aparece en las fotografías donde ella está desnuda tomando el sol.

—Aaaaah... ¡Vaya, eso me consuela!

—Tal vez podríamos hacer lo mismo con el resto de las fotografías, aunque no será tarea fácil —murmuró Nelson—. Podemos salir a la terraza y, fotos en mano, ir mirando los chalés y villas para localizar en cada cual han sido tomadas las respectivas fotografías.

—¡Fiuuu...! —silbó Mills.

—Pues tendremos que hacerlo, a menos que aparezca ese índice. Estuve dudando antes de lo del chantaje, pero después de ver estas fotos...

Frunció el ceño, y quedó pensativo. El señor Watkins había sido un hombre divertido.

Divertido. Un hombre rico, que podría haber estado disfrutando de la vida, pero que no podía hacerlo en plenitud por culpa de su parálisis... ¿podía ser *divertido*? Encajaba mejor la descripción del conserje, es decir, que Watkins no era precisamente simpático... ¡El conserje!

—Koch —alzó la cabeza Nelson—: ¿y el conserje?

—Debe estar paseando por la playa, claro.

—Ve a decirle que puede volver cuando quiera. Y también Vance. Os quiero a todos aquí, ayudando a Miles y sus muchachos, porque si no aparece ese índice vamos a tener mucho trabajo de pateo.

—¡Oh, no! —gimió Koch.

—¿Tendremos que pasear por toda May Beach buscando a las gentes que aparecen en las fotos de los chalés y villas? —gruñó Mills.

—Hágame una sugerencia mejor.

—Maldita sea. ¡Cómo no aparezca ese índice estamos listos!

Nelson asintió, y salió de nuevo a la terraza. Había menos gente en la playa. En las terrazas comenzaban a aparecer personas tendiendo toallas y albornoces. Las piscinas estaban casi todas vacías. Abajo, la encantadora visión de pechos femeninos comenzaba a escasear. Grupos de personas con niños se retiraban en busca de sus coches para regresar a sus casas. Una muchacha se sentó, se pasó las manos por los pechos desnudos, y recogió el sujetador, comentando algo con otra chica, y las dos se echaron a reír...

La carne en el asador...

En el asador de Charles Watkins.

¿Qué había ocurrido? Pues, que alguien se había enfadado con el señor Watkins por sus fotos, y lo había matado a golpes de Venus de Milo. Ni en estatua se puede uno fiar de las mujeres. Lo peor de haber utilizado la estatuilla era que convertía en indefinible la personalidad del asesino. O asesina. Porque si por ejemplo, se hubiera utilizado una pistola con silenciador, o ahogando el estampido del disparo con un almohadón, habría que buscar a alguien que tuviese armas y que fuese capaz de hacer una cosa así, premeditada, como se comprendería al haberse presentado allí armado. O si lo hubiesen matado a cuchilladas se podría buscar a alguien que tuviese agallas para eso, que no es tan fácil como se pudiera pensar. Hace falta ser especial para matar a una persona a cuchilladas.

Pero con la Venus de Milo...

Eso podía hacerlo cualquiera. Llega a casa de Watkins, le pide las fotos, discuten, se acaloran, el visitante agarra la estatuilla y ¡zas!, la cosa se pone en marcha. Sí, en un arrebató esto podía hacerlo cualquiera. Pero si había sido un arrebató... ¿se habría puesto guantes para no dejar huellas? No. Pero luego las habría borrado. Si en lugar de salir de allí disparado, el asesino había tenido la presencia de ánimo para dedicar una hora a tan violento registro, también debió tenerla para borrar sus huellas. Seguro. Una hora. Es decir, hasta que cesó la música. ¿Quién la había puesto? ¿Watkins, o el asesino, para que no oyeran sus voces discutiendo? A las diez, ponen la música. A las once, tras el registro infructuoso, el asesino apaga la radio y se va. Se va de vacío.

Y todo el tiempo las fotos allí, a su alcance, prácticamente ante sus ojos. Bien, no debía gustarle la Historia Universal. Ni ningún otro libro. Porque resultaba que lo había registrado y revuelto todo menos la librería...

Todo menos la librería.

El olor a tabaco llegó hasta Nelson, que volvió la cabeza, titubeó, y finalmente se acercó al murete de separación. La señorita Loving

estaba en la terraza, tendida en su extensible, pensativa, triste. El sol de la tarde le daba de lleno ahora. Nelson podía ver casi completamente sus piernas, y todo el seno derecho por la abertura del albornoz.

Ella volvió la cabeza de pronto. Dios, sus ojos...

—No comprenderé nunca que sucedan estas cosas —murmuró Lorena.

—Sucedan, eso es todo. He pensado que quizá le gustaría ver un álbum, señorita

Loving.

Ella apagó el cigarrillo en el cenicero, se puso en pie y se acercó. Nelson le tendió el álbum, por encima del murete, entre flores y enredaderas, y ella, nada más ver las primeras fotos le miró vivamente.

—En nuestra opinión —dijo Nelson—, el señor Watkins podía estar obteniendo dinero por medio de chantaje utilizando estas fotografías.

—No lo creo.

—¿Por qué no? Algunas son realmente comprometedoras. No las de usted, por ejemplo, y quizá la mayoría de éstas, que pueden tener como protagonistas parejas legales, por decirlo así. En cuanto a usted, tiene derecho a tomar el sol como le plazca, en efecto. Pero se dará pronto cuenta de que algunas de esas fotos sí son comprometedoras. O cuando menos molestas para los protagonistas. Pero hay algo más: me gustaría que usted buscara en estas fotografías al hombre que vio anoche frente al portal del edificio.

—De modo que tengo que mirar todo el álbum...

—Hay varios más. Pero no está obligada a hacerlo.

—¿Eso podría ayudarle a usted?

—Tengo esa esperanza.

—Lo haré.

—Será mejor que regrese a este apartamento. Es más práctico que estar pasándole los álbumes por la terraza. Bueno, también sería interesante que usted supiera decirnos a qué calle de May Beach corresponden las terrazas y piscinas. Nos ahorraría mucho tiempo.

—Haré lo que pueda, teniente, pero recuerde que llevo viviendo aquí poco más de dos meses.

—¿Dónde vivía antes?

La pregunta se le escapó a Nelson Gray, le salió como disparada. La señorita Loving casi sonrió.

—En Los Ángeles, 2088, Alvarado Avenue. No tengo antecedentes.

—Ni se me había ocurrido —masculló Nelson.

—Ah. Bueno, si he de estar con ustedes ahí será mejor que me vista, ¿no le parece?

—Muy bien. La espero dentro de quince minutos. Ella se quedó mirándole pasmada.

—¿Usted necesita quince minutos para vestirse? —preguntó.

—Yo no —gruñó Nelson.

—Yo tampoco.

Dejó el álbum en las manos de él, y se metió en el apartamento.
Nelson regresó al de Watkins.

CAPITULO IV

Tres minutos más tarde, el equipo que dirigía Miles tuvo su primer éxito. O, al menos, así fue considerado. A uno de los agentes se le había ocurrido interesarse por la silla rodante del inválido, y, de pronto, lanzando una exclamación, se irguió vivamente.

—¡Miles! —llamó.

Este, Mills y Nelson acudieron a la vez junto al detective técnico, que señaló el hueco que dejaba al levantar parte del tapizado del asiento del sillón. Allí había una pequeña cámara fotográfica, apenas del tamaño de medio paquete de cigarrillos. Se quedaron todos mirándola. De pronto, Mills dijo:

—Pues ya sabemos cómo obtuvo el señor Watkins las fotografías de la vikinga..., de la señorita Loving. Apuesto a que fue con este juguete.

—Sí, sí, juguete —dijo Miles—. Es una Astrox de bolsillo. Vale dos mil dólares.

—No bromees —respingó Mills.

—Quizá tenga fotos hechas —dijo Nelson.

—Nos ocuparemos de eso después de obtener las huellas. Esta misma noche podrá ver las fotos, teniente.

—De acuerdo. Oh, la puerta...

La abrió justo cuando Lorena Loving se disponía a llamar. La muchacha se había puesto una falda azul y un jersey de hilo negro, escotado en punta. Detrás de Nelson, el veterano Mills pensó que era una gloria ver cómo quedaba relleno aquel jersey. La señorita Loving entró en el apartamento, sobre sus zapatos de alto tacón. La hueste policial estaba fascinada, sin excepción. Sin excepción.

—¿Dónde puedo ponerme para que no les moleste a ustedes? —preguntó ella.

—Le colocaré un sillón frente a la terraza —dijo Nelson—. El sargento Mills le irá pasando los álbumes.

—Oh, sí —sonrió Mills de oreja a oreja—. ¡Con mucho gusto! Lorena lo miró estirando un poco sus bonitos labios.

—Usted sí *que es amable, sargento*.

Mills se esponjó, y miró de reojo a Nelson Gray, que desplazaba un sillón hacia el lugar indicado. Acto seguido pareció olvidarse de la presencia de Lorena Loving.

Hacia las siete de la tarde, el equipo de Huellas daba por terminada su labor, sin haber encontrado la caja fuerte, lo que tenía verdaderamente molesto a Miles, que aseguraba que debía haber una caja fuerte y que él la iba a encontrar al día siguiente.

—¿La caja fuerte? —le miró vivamente Lorena—. Si me hubieran dicho que la estaban buscando... Está en el bar.

—¿En el bar? —mascó Miles, lívido.

—Sí. Bueno, no creo que pueda considerarse una caja fuerte, pero el señor Watkins metía allí las cosas de valor.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Nelson.

—Porque el día que me ofreció la joya la sacó de ahí.

—Nosotros, señorita Loving —dijo Miles—, hemos *mirado* el bar.

—¿Puedo tocarlo yo?

—Ya sí.

Ella dejó el último álbum en manos de Nelson, y dijo:

—Lo siento, pero ese hombre no está en ninguna fotografía.

—No se le puede pedir más a usted, señorita Loving. Gracias.

Ella asintió, mirándole de un modo enigmático, y se acercó al mueble-bar, lo abrió dejando al descubierto el estante central, sacó las únicas botellas que contenía, y alzó el espejo de la base, dejando al descubierto una caja. Junto a ella, Miles lanzó una maldición ahogada, y se acuclilló junto a la muchacha. Nelson se las arregló para mirar también desde cerca. Su nariz rozó la locura de rizos que era la cabellera de Lorena, y ella le miró. Él simuló no darse cuenta. Miraba el interior de la caja de poco fondo. Había un fajo de billetes, un pasaporte, una libreta de tapas negras, un encendedor de oro, un estuche de joyería y una pequeña pistola de cachas de nácar, apropiadísima para un bolsito de mujer. Había alguna cosa más, pero la atención de los dos policías se centró en la libreta, y la de Nelson, especialmente, en el negro estuche de joyería.

—Es una tontería que nos andemos con remilgos con estas cosas —dijo Miles—; sólo encontraremos huellas de Watkins. Y creo que aquí tenemos nuestra libreta, teniente.

Nelson asintió, agarró la libreta, la hojeó; y volvió a asentir. Había allí inscripciones como ésta: 140682-A Sr. y Sra. Bradden, 140682-B Pechos de Punta en playa, 140862-C Vello Púbico en Piscina Lowells...

—¡Cáspita! —exclamó Mills, mirando con Nelson—. ¡Vaya dietario!

Nelson Gray se lo guardó en un bolsillo, y sacó el estuche de joyería, lo abrió, y parpadeó al ver la preciosa pulsera de pequeños brillantes, de lo más exótico, pero de exquisito gusto. La mostró en silencio a Lorena, que asintió también, diciendo:

—Sí, ésa es la joya que quiso regalarme.

Mills miró de uno a otra. Miles sacó el fajo de billetes, los hizo pasar entre sus dedos, y dijo:

—Debe haber unos veinte mil dólares. Y aquí tenemos dos talonarios bancarios.

Los tendió a Nelson, quien los miró, espiado siempre por Mills, que al ver las cifras lanzó sendas exclamaciones que impulsaron a Lorena y mirarlo entre impulsiva y reprobativa. También había en la caja un juego de pequeñas llaves, recibos...

La llamada sonó en la puerta del apartamento. El detective Vance se dirigió hacia allí, sin darle mayor importancia, y abrió. Todos oyeron la voz masculina:

—Entiendo que vive aquí el señor Watkins... ¿Policía?

Nelson Gray caminaba ya hacia la puerta. Se quedó mirando al sujeto que evidentemente tenía una fina percepción. Era un hombre de poco más de treinta años, alto, rubio, atractivo y de aspecto simpático, vestido con cierto descuido deportivo, que ahora miraba rápidamente a todos lados, captando el desorden del lugar. Nelson Gray le mostró su placa, preguntando:

—¿Quién es usted?

—Gordon Dews, de la revista «World Talks». ¿Qué ha pasado aquí?

—Pase, señor Dews. Yo soy Nelson Gray.

—Encantado. Venía...

Vio a Lorena Loving, y se quedó petrificado, como si acabaran de clavarle los pies al suelo y vaciarle el cerebro. Acto seguido, con los ojos todavía muy abiertos, lanzó un silbidito y movió la cabeza, como quien todavía duda de la realidad. Evidentemente, él no conocía de antes a la muchacha. Nelson, junto a la puerta, miró también a Lorena.

—No quisiera hacerle perder más tiempo, señorita Loving —dijo.

Ella frunció el ceño, pero sin replicar se dirigió hacia la puerta y salió. Nelson lo hizo tras ella, ajustando la puerta.

—¿Puede ser ése el hombre de anoche? —murmuró.

—No, no lo es.

—Lástima. Gracias por todo. ¿Cree que podrá ayudarnos en la localización exacta de los chalés y demás?

—De algunos, sí. Muy pocos, lo siento. Hay escenas... feas, ¿verdad?

—Sí. Lamento que haya tenido que verlas.

—Ya soy mayorcita, teniente.

—¿Sí? ¿Cuánto?

—Adivínelo —sonrió Lorena.

—¿Cuarenta y cinco?

Lorena Loving quedó con la sonrisa como aplastada en los labios. Enrojeció violentamente, pareció a punto de decir algo, desistió de ello sin duda debido a su buena educación, y acabó despidiéndose con un seco buenas tardes. Nelson Gray entró en el apartamento de Charles Watkins.

El sargento Mills le estaba esperando poco menos que saltando de excitación. Se plantó ante él tendiéndole una fotografía.

—¡Fíjese en esto! —exclamó.

De lo primero que se dio cuenta Nelson fue de que la fotografía estaba mutilada: le faltaba el ángulo superior derecho, que había sido recortado. Por lo demás, la fotografía mostraba a un hombre y una

mujer, abrazados por la cintura y asomados a la barandilla de una espléndida terraza, al parecer mirando hacia la playa. La playa de May Beach, por supuesto, intuyó en seguida Nelson Gray. Tanto el hombre como la mujer estaban en traje de baño. El hombre parecía tener unos cincuenta años, y resultaba muy atractivo e interesante. Nelson pensó vagamente que lo conocía de algo. La muchacha que estaba con él tenía un cuerpo sensacional, de una esplendidez alucinante. Llevaba un bikini diminuto que ponía de manifiesto su belleza corporal. El trozo que faltaba de la fotografía correspondía a la cabeza de la mujer.

Nelson Gray alzó la mirada y la posó en Mills.

—¿Y bien?

—¿No conoce al hombre? ¡Es el senador Maxwells!

—Ah, sí —recordó de pronto Nelson—, es cierto. Estaba seguro de que lo conocía, pero no lo recordaba. El senador Maxwells, de acuerdo. ¿Y qué?

—Hombre, teniente —intervino Gordon Dews—, espero que no se sorprenderá usted si le digo que la chica qué está con él no es su esposa. La del senador, se entiende.

—¿Por qué no?

Dews soltó un bufido, Mills aclaró:

—Dice el señor Dews que la esposa del senador tiene aproximadamente la edad de éste. ¿Le parece que esta mujer tiene casi cincuenta años?

—Desde luego que no —rechazó Nelson, mirando a Dews—, ¿De dónde ha sacado esta foto?

—La he recibido esta mañana por correo, tal como está.

—¿Y por qué ha venido aquí exhibiéndola?

—Porque ayer por la tarde, un tal señor Watkins me llamó por teléfono, me dijo que hoy recibiría una fotografía, y que si me interesaba tenerla completa podríamos hablar de precio. Me dio esta dirección y quedamos en que me recibiría a las siete.

—Ya. ¿Y a usted le interesa tener completa esta fotografía?

—Tal vez usted no ha entendido que trabajo para la revista «World Talks». En ella hablamos de todo, somos lo que se suele llamar unos chismosos —el periodista sonrió—. Comprenderá usted que una fotografía del senador Richard Maxwells con un pimpollo semejante me pareciera una buena base para un interesante reportaje..., sobre todo cuando se están preparando las elecciones para el próximo período. El senador quiere seguir en el cargo, claro.

—¿Y cree que la publicación de esta fotografía en su revista le iba a ayudar a conseguir ser reelegido? —preguntó fríamente Nelson.

—Oiga —se mosqueó el periodista—, yo soy periodista, ¿sabe? Cuando hay algo que puede interesar a mi revista, me pongo a

trabajar. Para mí está bien claro que el senador Maxwells tiene una amiguita, y creo que también debe estar claro para ustedes. ¿Por qué no tengo que hacer un reportaje con eso? Me gano la vida así, informo al público, que se lo merece si ha de votar, y ¡qué demonios!, quien no quiera complicarse la vida sabe lo que ha de hacer. O mejor dicho, lo que *no* ha de hacer. Si el senador Maxwells se ha buscado una amiguita de veinte años, que apechugue. ¿Me explico?

—En definitiva, usted ha venido aquí a comprarle al señor Watkins la fotografía completa y a saber más cosas sobre ella, ¿no es así?

—Toma, claro. ¿Le ha ocurrido algo al señor Watkins?

—Le han asesinado, señor Dews.

El periodista se crispó un poco, pero no perdió la compostura. Miró a los policías, y acabó moviendo la cabeza.

—Bueno, lo siento. He hecho el viaje en vano, según parece.

—Ha hecho usted el viaje ¿desde dónde?

—Desde Los Ángeles. En transbordador, ya sabe.

—Sí. Bien, nos vamos a quedar esta fotografía, señor Dews...

—¡Ni hablar de eso!

—Ya lo creo que sí —dijo secamente Nelson.

—Si ustedes no me devuelven esa fotografía se van a enterar de cómo las gasto yo y de cómo las gastamos en mi revista. Esté atento a la salida del próximo número, y se convencerá. Esa fotografía me la envió *a mí* el señor Watkins, y *la quiero*. Si quiere saber lo que es un buen escándalo sólo tiene que negarse a devolvérmela. Tengo amigos en la prensa diaria, ¿sabe? Y en todas partes. Si empiezo a...

—Está bien, está bien —gruñó Nelson, devolviendo la fotografía—. Pero sí le podemos pedir a usted un favor, ¿no?

—¿Qué favor? —gruñó Dews, guardándose la foto.

—Mire, señor Dews, aquí se ha cometido un crimen, y nosotros desearíamos que usted guardase silencio respecto a esa foto y a la llamada del señor Watkins mientras duren nuestras investigaciones, al menos. Eso no va a perjudicarle a usted.

—Depende. La revista sale mensualmente, y el próximo número aparecerá dentro de ocho días. Si para entonces ustedes no han correspondido a mi... discreción, yo escribiré mi reportaje con lo que haya sabido por mí mismo. ¿Es un trato?

—¿Pero no dirá usted nada a nadie hasta entonces?

—Seré lo más discreto posible.

—De acuerdo —se resignó Nelson—: es un trato.

—Pues podemos empezarlo informándome de qué y cómo ha pasado y qué es lo que saben ustedes hasta el momento —sonrió satisfecho Gordon Dews.

—Llámeme a Homicidios mañana por la tarde y espero proporcionarle una información completa y que nos evitará a los dos, pérdidas de

tiempo.

Gordon Dews reflexionó, asintió, y se dirigió a la puerta. La abrió, se volvió, echó un vistazo circular, y tras mover la cabeza salió, cerrando suavemente. Mills soltó un resoplido, y exclamó:

—¡Maldita sea!

—Tenemos veinticuatro horas por delante —murmuró Nelson Gray.

* * *

A las once de la noche, el teniente de Homicidios Nelson Gray entraba en su apartamento de Santa Catalina, se servía un whisky, y se dejaba caer en un sillón. Hasta el momento parecían tener más suerte de la que podía esperarse. En la cámara fotográfica Astrox hallada en el sillón de Charles Watkins habían encontrado fotografías impresionadas. Eran del tenor de las de los álbumes, excepto dos, que habían sido las que habían conseguido la máxima atención policial.

Estas dos fotografías mostraban a dos sujetos altos, recios, de facciones enérgicas y más bien hostiles entrando en el apartamento de Charles Watkins, y saliendo del mismo. Es decir, una de frente y otra de espaldas. Los dos hombres, evidentemente, habían visitado a Watkins en fecha cercana, y, por supuesto, no eran los que le habían matado. No aquella vez, al menos, pues en ese caso Watkins no habría podido fotografiarlos de espaldas, marchándose.

Los dos sujetos en cuestión eran desconocidos, pero antes de retirarse a descansar, Nelson había organizado ya el mecanismo de búsqueda. Podían encontrar a los dos sujetos al día siguiente, dentro de un mes... o nunca. Pero había que buscarlos.

¿Y el otro, el que había visto Lorena Loving a las diez de la noche pasada? ¿Había entrado finalmente en el edificio, después de Lorena? ¿Era el asesino? ¿O podía serlo cualquiera de las personas fotografiadas y sometidas a chantaje? Porque de esto no parecía que pudiera dudarse, después de lo que les había dicho el periodista Gordon Dews.

Al respecto, sólo una cosa tenía sorprendido, o más bien desconcertado a Nelson Gray: ¿por qué Watkins no se había puesto en contacto directamente con el senador Maxwells para ofrecerle la fotografía a él mismo? Esto era lo que debía hacer con las demás personas de su asador, así que... ¿por qué no con el propio senador, que sin duda sería el más interesado en recuperar esa fotografía, y quién la pagaría mejor?

Pero todo esto seguiría su curso por la mañana. Aquella noche, el teniente Gray estaba preocupado.

Se había convertido en un ladrón.

Él, Nelson Gray, el incorruptible y honestísimo Nelson Gray era un ladrón a partir de aquella noche.

¿Y qué había robado el teniente Gray?

Pues, una fotografía. Una fotografía que sacó de un bolsillo interior, muy doblada, y que desdobló lentamente. Se quedó mirando el rostro de Lorena Loving, entre flores, sonriente. Los ojos. Los hermosos ojos de color malva.

Cuando, finalmente, Nelson Gray se acostó, la fotografía de la señorita Loving, la vikinga, estaba clavada con sus chinchetas en una pared del dormitorio de un teniente de la policía.

CAPITULO V

Ni siquiera eran las siete y media de la mañana cuando Lorena Loving, tras abrir la puerta de su apartamento, se quedaba mirando estupefacta al teniente Nelson Gray, plantado como un monolito en el pasillo.

—Buenos días, señorita Loving.

—Buenos días... ¡Dios mío! ¿Qué hora es?

—Las siete y media, creo.

—Eso me parecía. ¡Creí que mi reloj...! ¿Ocurre algo?

—Pensé que puesto que suele marcharse hacia las ocho estaría ya levantada, y que no tendría inconveniente en atendernos unos segundos. No se retrasará por mi culpa, se lo aseguro.

—De acuerdo. Pase usted, teniente.

Nelson entró en el apartamento, mirando de soslayo a todos lados. Bonito, limpio y agradable, simétrico al de Watkins, como la terraza. No muy grande. ¿Para qué más, para una sola persona? Y frente a la playa... Así daba gusto vivir.

Lorena Loving, que estaba de nuevo en albornoz y evidentemente recién duchada, le miraba con enigmática curiosidad.

—Iba a tomar el desayuno —dijo—. ¿Le apetece un café?

—Bueno, gracias.

—Espere un momento... ¿Ha desayunado?

—Pensaba hacerlo en cualquier parte después de hablar con usted.

—Se me ocurre que podría invitarle, pero tal vez no le agrade la idea.

—Todo lo contrario.

—¡Ah! ¿De veras? —casi sonrió la muchacha.

—Muy de veras. Me he enamorado de usted.

—¿Qué suele desayunar?

—Me da lo mismo.

—A mí también. ¿Le parecería mal preparar usted mismo el desayuno mientras yo me visto?

—No. Estoy acostumbrado. Sé dónde está la cocina.

—Claro.

Ella se dirigió al dormitorio, y Nelson a la cocina, a la que echó un veloz vistazo. Todo en orden, todo limpio, todo perfecto. Comenzó a preparar el desayuno, pero de pronto salió de la cocina, y segundos después entraba en el dormitorio de Lorena, que, completamente desnuda en aquel momento, se estaba poniendo la braguita.

—¿El café le gusta ligero o fuerte? —preguntó Nelson.

—Por la mañana, fuerte.

—Bien.

Nelson regresó a la cocina. Lorena apareció allí cinco minutos más tarde, vestida con falda y blusa azul pálido, y zapatos a juego de tacón

alto. Era como una llamarada de sol.

—Puedo llamar a la agencia y decir que no voy a trabajar hoy —dijo.

—¿Con qué objeto?

—Tal vez me necesite durante el día.

Nelson Gray sacó las fotografías, de los dos sujetos que entraban y salían del apartamento de Charles Watkins, y se las tendió.

—¿Los ha visto alguna vez por aquí? —preguntó.

Ella miró muy atentamente las fotografías, mientras él terminaba de poner la mesa. Se sentó y se las devolvió.

—No, lo siento.

Nelson guardó las fotos y le tendió la del senador Maxwells con la despampanante muchacha.

—El hombre que llegó ayer a las siete, cuando usted se iba, se llama Gordon Dews; es un periodista empleado en la revista mensual «World Talks», dedicada a chismorrearlo todo. Nos mostró esta fotografía, pero en la suya faltaba la cabeza de la muchacha. Nosotros la tenemos ahora entera, pues la hemos encontrado en uno de los álbumes del señor Watkins. ¿Conoce a la muchacha?

Lorena estaba ya asintiendo.

—Creo haberla visto un par de veces en una de las terrazas de las villas caras. Es pelirroja. Y al hombre también lo he visto... Es el senador Maxwells, si no me equivoco.

—Lo es. Según Gordon Dews, el señor Watkins le envió la foto por correo, y le llamó para hacerle proposiciones de venta.

—Es decir —posó Lorena su límpida mirada en los ojos de Nelson— que seguimos con lo del chantaje.

—Evidentemente. Se me ha ocurrido que entre los dos podríamos localizar la villa donde está la pelirroja, mirando primero desde su terraza y tratando de ubicar la villa en la calle o avenida de May Beach.

—Eso no va a ser muy difícil —aseguró Lorena—. Esa villa está dando fachada a Center Street.

—Espléndido. ¿Qué le parece mi desayuno?

—Tiene muy buen aspecto, huele bien..., y yo tengo un apetito excelente. ¿Vive usted solo, teniente?

—Como un mono.

—No sabía que los monos viven solos. Más bien creo que lo hacen en familias, o manadas, o grupos, o como se llame.

—Cuando son simpáticos, normales y sociables, sí.

—¿Y usted no lo es?

—Generalmente, no.

—¿Por qué?

—¿Para qué? La gente no lo merece. Todo es un asco.

—¿Yo también? —sonrió Lorena.

—Me parece que no.
—No es usted el primer hombre que dice haberse enamorado de mí.
—Me hago cargo. Para usted yo sólo soy uno más de los que quieren comerse el pastel. Hay tipos así en todas partes.
—Pero más simpáticos.
—Por supuesto. ¿Tal vez podría ayudarme a localizar algunas terrazas más, aparte de la de la pelirroja?
—Puedo intentarlo, al menos. ¿Llamo para decir que no iré a trabajar?
—No. Bastará que me ayude en eso, y luego me las arreglaré solo.
—¿Y sus hombres?
—Ellos están haciendo otra parte del trabajo.
—De modo que no quiere llevarme con usted.
—Tal vez podríamos vernos esta tarde, a las cinco. Si me dice dónde trabaja quizá pueda ir a esperarla.
—Tal vez quizá se lo diga —refunfuñó ella—. Sí, tal vez quizá podría ser.
—¿Por qué habla así? —se sorprendió Nelson.
—Porque me da la gana. ¿Algo que oponer?
—En absoluto. En cuanto desayunemos saldremos a la terraza a echar un vistazo. Estoy deseando localizar a la pelirroja.

* * *

La pelirroja se llamaba Mirna Herrick, tenía veintidós años, medía uno setenta de estatura, y era modelo. O había sido modelo, mejor dicho, porque desde hacía algunos meses había desaparecido del ámbito de su profesión y había engordado seis kilos. Esto, que para su trabajo era un auténtico desastre, era todo lo contrario para su aspecto físico conforme a los gustos más generalizados de los hombres. Aquellos seis kilos, que habían rellenado su anatomía, la habían convertido en una espléndida mujer capaz de derretir los casquetes polares.

Y además, su rostro era bellísimo.

Esto, incluso lo pensaba la propia Mirna Herrick mirándose al espejo aquella luminosa mañana de verano, completamente desnuda. Alzó sus cabellos con ambas manos, y sus pechos, de pétrea turgencia, ascendieron dulcemente. El vello púbico era de una negrura intensa, sorprendente.

—Estoy para comerme —dijo en voz alta Mirna a su imagen.

Luego soltó una cristalina carcajada, pasó al dormitorio, y procedió a vestirse. Es decir, se puso un bikini, y encima el albornoz. Todo lo que tenía que hacer era tomar el sol, y cuando le apetecía, nadar. Y eso iba a hacer aquella mañana temprano, cuando todavía no había gente en la playa.

Así estaban las cosas cuando sonó el timbre de la puerta de la pequeña pero casi suntuosa villa. Demasiado grande para ella sola, pero él así

lo había querido: nada de un apartamento en un edificio donde entraba y salía mucha gente, y los vecinos, sin la menor duda, serían unos fisgones. Una villa para ella sola. Y para él, claro, cuando iba a verla.

Pero ahora no podía ser él. Demasiado temprano. Muchas veces se escapaba de sus obligaciones a media mañana para ir a pasar unas horas con ella, pero nunca a aquella hora, en que prácticamente comenzaba a trabajar. Bueno, pues a ver quién era.

Cuando abrió la puerta Mirna se quedó mirando atónita a su desconocido visitante. Alto, guapo, viril, serio, de mirada penetrante, boca fina y hermética. La bella pelirroja reaccionó rápidamente, diciendo:

—Apuesto a que se equivoca, hombretón.

—Soy Nelson Gray, teniente de Homicidios —dijo éste, exhibiendo su credencial—.

¿Puedo hablar con usted unos minutos, señorita?

—¿Está seguro de que me busca a mí?

Nelson Gray sacó la fotografía, y se la tendió a la muchacha. Ella tomó, un tanto desconcertada, la miró, y en seguida palideció, alzando la mirada vivamente hacia el policía.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Nelson.

—Mirna... Mirna Herrick —susurró la muchacha—. ¿Qué significa esta fotografía, de dónde la ha sacado?

—¿Le importa que salgamos a la terraza? Por favor.

Ella le precedió. Salieron a la terraza, desde la cual Nelson localizó rápidamente la de Charles Watkins. La señaló.

—Un hombre llamado Charles Watkins la tomó desde aquella terraza con teleobjetivo.

—¿Por qué? ¡No tenía derecho a hacerlo!

—No —admitió Nelson—. Pero lo hizo. ¿Conoce usted a Watkins? Charles Watkins.

—No. ¡Pero voy a ir ahora mismo a decirle...!

—Fue asesinado anteanoche. Debe hacer de eso treinta y seis horas en este momento. Yo estoy al frente de la investigación del crimen.

La pelirroja estaba ahora más pálida que antes. Sus hermosos ojos se abrían mucho, y parecían bailar como buscando algo insólito en alguna parte del rostro de Nelson Gray.

—¿Qué... qué quiere decir?

—¿El señor Watkins no intentó hacer ningún arreglo con el senador Maxwells respecto a esta fotografía?

—No... No. Bueno, no que yo sepa. Richard no me..., el señor Maxwells, quiero decir, no me ha dicho nada de eso.

—¿Cuál es su relación con el senador Maxwells, señorita Herrick?

La muchacha sostuvo la mirada de Nelson unos segundos. Luego,

suspiró, la bajó, y murmuró:

—Soy su amante.

—Era de esperar. Bueno, le diré que un periodista llamado Gordon Dews tiene una copia de esta fotografía, pero sin la cabeza de usted, que ha sido recortada. Ello significa que aunque no se pudiera probar que usted es la chica que está con el senador, sí se podría probar que éste se ha complicado la vida con una jovencita. Porque, claro está, nadie creerá, viendo la foto, aunque sea sin cabeza, que la mujer es la esposa de él. Y se están gestando las elecciones. ¿Comprende lo que estoy sugiriendo?

—Sí. Dios mío, sí.

—Esta tarde tendré que darle alguna explicación a ese periodista —dijo Nelson, guardándose la fotografía—. Y tendré que disponer de muy buenos argumentos para convencerle de qué no publique la foto en su revista dentro de una semana, junto con un reportaje. Si no dispongo de esos buenos argumentos mucho me temo que la reelección del señor Maxwells para el Senado sea una quimera. Quedará hundido, señorita Herrick.

—Sí, lo... lo comprendo. ¿Y eso es lo que usted quiere, teniente?

—No, en absoluto. A mí, el senador Maxwells siempre me ha gustado. Me parece un hombre inteligente, dinámico y honesto, así que me gustaría precisamente evitar su caída. El único modo de conseguirlo es impedir que Gordon Dews publique la foto y el reportaje. ¿Se le ocurre qué podría decirle al señor Dews para convencerlo de eso?

—Teniente, una amante es una amante —susurró la muchacha—. No puedo decirle nada más. Es decir, sí podría, pero no creo que arreglase nada en este asunto.

Nelson Gray echó un vistazo a la cala, asintió, y regresó al interior de la villa, seguido por la muchacha. El teniente señaló un sillón, ella se sentó, con las rodillas juntas y las manos sobre ellas, y Nelson ocupó otro sillón frente a ella.

—¿Qué podría usted decir? —preguntó amablemente.

—Richard tiene cuarenta y nueve años. ¿Le parece a usted que a esa edad un hombre debe dar por terminada o perdida su vida sentimental, afectiva y sexual?

—Claro que no.

—Ahí es donde entro yo —sonrió un tanto trémulamente la muchacha—. Richard llevó a unos amigos de otro Estado a presenciar un pase de modelos, en el que yo actuaba. Hace de eso tres meses y pico. Cuando terminé el pase, él me estaba esperando. Me preguntó si le permitiría llamarme al día siguiente, cuando sus amigos se hubieran marchado de la ciudad. Le pregunté para qué, y él me dijo que se había enamorado de mí. Le di mi número de teléfono.

—¿Por qué?

—Porque su mirada era limpia, y me gustó. Yo había salido con otros hombres, más o menos como él. Todos buscaban lo mismo, claro. Me pareció que Richard era diferente, y pensé que, para variar, quizá la experiencia valiera la pena. A la noche siguiente salí con él. Estaba convencida de que me pediría ir a la cama.

—¿Se lo pidió?

—No. Lo pasé muy bien. No sé si me comprende, teniente... Tantos hombres siempre en danza tras mi cuerpo. Me di cuenta, claro, de que a Richard le gustaba, pero él no intentó nada en ese sentido. Cuando nos despedimos me preguntó si podría volver a verme. Yo tuve un gesto de absurda sinceridad. Le pregunté para qué. Él pareció sorprendido. Repitió que se había enamorado de mí. Le dije que lo mismo decían todos, y que en seguida querían lograr lo que llaman el amor. Incluso le dije que algunos lo habían conseguido. Se me quedó mirando fijamente, y dijo, textualmente: «No pienso dedicar al sexo ni siquiera un minuto de mi vida, señorita Herrick, pero puedo dedicar toda mi vida al amor». Estaba enfadado... —la pelirroja sonrió—. Sí, estaba muy enfadado. Tanto que se fue sin insistir en volver a verme. Me llamó una semana más tarde, y me dijo: «Bueno, si lo que usted quiere es que sea como todos, de acuerdo: dígame cuando nos vemos para hacer el amor, o lo que sea». Para entonces, yo me había enterado ya de muchas cosas sobre él. Sólo una me importó: su mujer es una bruja.

—¿Una bruja? —alzó las cejas Nelson.

—Es una mala pécora asexual, arisca e intransigente. Por supuesto, hace ya mucho tiempo que no se aman. Comprendí que Richard podía tener todos los sexos que quisiera con su dinero, y pensé... pensé que tal vez, realmente, lo que buscaba no era eso, o al menos no sólo eso. Bueno, le dije que podíamos volver a vernos. Me preguntó si podía recogerlo en tal sitio con mi coche, y acepté. Cuando entró en el coche me dijo que buscara un motel a mi gusto. Le miré a los ojos, y me di cuenta de que se sentía mal.

Bueno, fuimos a pasear en coche, cenamos unos bocadillos en un parador de carretera, y luego estuvimos charlando en la playa, hasta muy tarde. Cuando regresamos a Los Ángeles él me dijo que tomaría un taxi, salió del coche, y se fue. Al día siguiente le llamé yo, y le pregunté si aceptaría cenar conmigo en mi apartamento. Llegó a las ocho, cenamos, y pasamos la noche juntos. Por la mañana me preguntó si me parecía bien dos mil dólares o prefería un regalo. Volvía a sentirse mal, me di cuenta. Le dije que podíamos dejarlo pendiente, y que a final de mes pasaríamos cuentas...

—Caray —esbozó una sonrisa Nelson—. ¿Qué dijo él?

—Que no le había gustado el asunto, y que no pensaba volver conmigo. Entonces yo le dije que a mí sí me había gustado, y que,

puesto que yo no era una puta, podía meterse el dinero donde quisiera, y que si quería volver a verme ya sabía dónde encontrarme.

—¿Por qué hizo usted eso?

—Es un hombre al que vale la pena amar. Y eso estoy haciendo.

—Muy bien. Pero él podría divorciarse, y así todo estaría conforme.

—Ya quiere. Pero esa bruja no acepta el divorcio, quiere hacerle todo el daño posible. Cuando conocí a Richard él era un desdichado, en el sentido afectivo y emocional. Hoy, es feliz, y yo también. Ya sé que tiene veintisiete años más que yo, pero a mí no me importa.

—Y a él tampoco, supongo.

—Menos a mí —sonrió Mirna—. Dice que amar por amar es hermoso, que sea a una muchacha sincera y que está como un tren, no tiene precio.

—¿Eso dice el senador? —sonrió Nelson.

—Eso dice.

—¿Textualmente?

—¡Textualmente, en efecto! —rió por fin Mirna.

—Pues estoy de acuerdo con él. Otra pregunta: ¿él la mantiene?

—Oh, claro. Me pidió que dejase de pasar modelos, y acepté. No me pareció mal, porque estaría haciendo lo mismo si nos hubiéramos casado, ¿no? Y para nosotros, las cosas son como si lo hubiéramos hecho.

—Sinceramente, señorita Herrick: ¿se casaría usted con el senador si él obtuviera finalmente el divorcio?

—Ahora mismo.

Nelson Gray se puso en pie.

—Gracias por recibirme —murmuró—. Por favor, no se moleste en acompañarme.

CAPITULO VI

—¿Es usted el teniente Gray, de Homicidios? —preguntó la muchacha. Nelson asintió, levemente sorprendido. Apenas había puesto los pies en el antedespacho ocupado por la bonita secretaria, todavía pensando qué diría el senador Maxwells si se negaba a recibirlo, y se encontraba con aquello. Pero había más. Ante su asentimiento, la secretaria se puso rápidamente en pie, y se dirigió hacia la gruesa puerta doble que había al fondo.

—Acompáñeme, por favor —dijo—: el senador le está esperando.

Nelson asintió de nuevo. La secretaria llamó a la puerta, abrió una de las hojas, y se asomó.

—Ya ha llegado, señor Maxwells. Dentro, una voz profunda y clara pidió:

—Que pase ahora mismo, Paula.

Este se volvió a mirar sonriente a Nelson, que le sonrió lo mejor que supo, y entró en el despacho. Situado en la planta octava de unos de los edificios comerciales de Sunset Boulevard, amplio, elegante y confortable en su sencillez, estaba lleno de sol, cuyo resplandor se esparcía desde el amplio ventanal. Tras éste, Richard Maxwells se había puesto en pie, y caminaba hacia el policía, al que tendió la mano.

—¿Cómo está, teniente? —saludó.

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—De salud, bien, pero bastante preocupado. ¿Ha traído la fotografía?

Nelson Gray se la tendió. El senador se acercó al ventanal, y estuvo unos segundos examinando la fotografía..., mientras Nelson le examinaba a él. Maxwells medía metro ochenta, era atlético, de facciones recias. Sus aladares eran como pinceladas grises. Muy bien, tenía cuarenta y nueve años, pero Nelson pensó que su aspecto y su vitalidad correspondían a un hombre de cuarenta.

Maxwells se volvió hacia él, blandiendo la fotografía.

—Tenía la tonta esperanza de que fuese un trucaje, pero de eso ya se habrían dado cuenta ustedes, ¿no?

—Por supuesto. Y no es un trucaje. Existe usted, existe la villa, y existe la señorita Herrick. Entiendo que está usted al corriente de lo que ocurre, senador.

—Mirna me llamó, claro —asintió Maxwells, devolviendo la fotografía a Nelson—.

¿Cree que encontrará algún medio de disuadir a ese periodista?

—Le aseguro que lo intentaré.

Maxwells señaló un sillón, Nelson se sentó, y él lo hizo en otro, dándole frente. Tenía los ojos claros, limpios, de mirada directa, penetrante.

—Según Mirna, usted simpatiza conmigo, teniente Gray.

—Así es. Pero mis simpatías personales no arreglarán nada.

—Lo comprendo. Estamos en un dilema... Me refiero a Mirna y a mí, no a usted, que está cumpliendo su deber. Si se tratase solamente de que esta foto hubiera sido puesta en circulación no me preocuparía demasiado. Posiblemente tendría que desistir de presentarme a la reelección para el Senado, y aunque eso me dolería mucho tal vez el cambio en mi vida me proporcionase mayores placeres. Tengo muchos negocios privados, soy un hombre muy rico, y la posibilidad o perspectiva de dejar la política para dedicarme por entero a vivir con Mirna le aseguro que no me entristece. Sin embargo, hay dos cuestiones especiales en esto. Una, me gustaría seguir en la política, para seguir aportando mi colaboración al bienestar general del país y al de California en especial. Dos, que ha sido asesinado un hombre..., y no me gustaría que alguien pensara que eso ha sido obra mía para recuperar la fotografía.

—Respecto a eso puede haber sido cualquier otra persona sometida a chantaje, senador. No hay ninguna base especial para pensar que ha sido precisamente usted quien ha instigado ese asesinato.

—Por supuesto. Pero si aparece publicada la fotografía y se relaciona, cosa lógica, con la muerte de ese señor Watkins, políticamente estaré acabado, aunque sólo se sospeche semejante cosa de mí.

—Sí, es cierto —admitió Nelson—. ¿Le llamó alguna vez el señor Watkins para ofrecerle la foto a cambio de algo?

—No. Y le ruego que me crea.

—Le creo —sonrió extrañamente Nelson—. Después de visitar a la señorita Herrick visité a otras personas, y por su reacción sé ya que el señor Watkins no intentó el chantaje con nadie.

—¿De veras? —se sorprendió Maxwells—. Entonces... ¿por qué intentarlo conmigo?

—No es exacto que el señor Watkins intentase el chantaje contra usted, senador. Simplemente, quería venderle la foto a un periodista.

—Sí, ya sé, ese Gordon Dews que usted mencionó a Mirna. Pero... ¿por qué? Si Watkins no molestó a nadie, ¿por qué tenía que hacer algo que debía saber que iba a perjudicarme a mí?

—Eso es precisamente lo que he venido a preguntarle, senador. ¿Tal vez conocía usted al señor Watkins?

—Jamás oí hablar de él.

—¿Está seguro? Se me ocurre que tal vez en algún tiempo pasado usted y el señor Watkins tuvieron alguna clase de enfrentamiento o desacuerdo, y que él nunca lo olvidó. Y cuando tuvo la foto de usted con la señorita Herrick decidió vengarse.

—Ignoro si Watkins me conocía a mí, pero le aseguro que yo nunca tuve tratos con él. Lo recordaría, teniente: mi memoria es excelente.

—Entonces es todo bien extraño. ¿Por qué perjudicarle *solamente* a usted?

—¿Está seguro de que no ha pretendido extorsionar a nadie más?

—Sí, estoy seguro.

—Pues no lo comprendo.

Nelson asintió, con su gesto característico, y estuvo pensativo unos segundos antes de preguntar:

—¿Cuál fue la causa de la desunión entre usted y su esposa, senador?

—¿Cree usted que fueron las mujeres, chicas como Mirna?

—Yo no creo nada. He hecho una pregunta directa e indiscreta, eso es todo. Usted puede contestar o no.

—Pero esa pregunta no es vana, ¿verdad? Quiero decir que usted la considera directamente relacionada con el caso.

—Así es. La señorita Herrick dijo que usted es un hombre al que vale la pena amar. En ese caso, no comprendo por qué su esposa, según la versión de la señorita Herrick, se convirtió en una bruja asexual e intransigente.

—¿Mi respuesta constará en su informe o sólo la utilizará de un modo privado para llegar a otras conclusiones?

—Entiendo que usted prefiere que no conste, así que no constará.

—Gracias. Y le voy a contestar: dejé de amar a Odile porque ella se opuso a que yo evolucionara moral, mental y humanamente.

—No entiendo bien eso.

—Bueno, hace unos doce años, cuando comencé a dar mis primeros pasos en la política, Odile se opuso furiosamente. Dijo que yo no tenía necesidad de perder mi tiempo por nada ni con nadie, y que ya la tenía a ella. Le expliqué que, si se emprende con honestidad, la política siempre es beneficiosa para nuestros semejantes, y que yo era ya lo suficientemente rico para dedicar un poco de mi tiempo a los demás, intentando hacer algo bueno por ellos. ¿Le parece esto mal?

—De ninguna manera.

—A ella se lo pareció. Tardé todavía un año en comprender lo que le ocurría: ella fue siempre un ser inútil, un parásito de la vida acostumbrada a recibir, nunca a dar. Quería que yo le dedicase todo mi tiempo, que fuese como ella. Pero eso no es todo. Lo que más enfurecida la tenía era el hecho de que yo estaba demostrando tener buenas cualidades políticas, que se me tenía en cuenta, y que, en efecto, estaba evolucionando y progresando en muchos aspectos, que tenía más amigos que nunca, y que se me apreciaba.

—Es decir, que se puso celosa.

—No exactamente. Lo que ella quería era que, puesto que ella permanecía hundida en su egoísmo, sin evolucionar en ningún sentido, yo fuese como ella. Quería controlarme en cuerpo y alma, pero no para mejorarme, sino para tenerme inmovilizado en mi

inutilidad humana. Nuestras relaciones matrimoniales estaban ya muy mal, pero en cuanto comprendí esto le dije que o ella volaba conmigo o se iba a quedar en tierra, como un gusano. Me contestó que ella se las arreglaría para que volviese al redil. Eso terminó con todo, teniendo. Así que ya ve: nada de chicas ni de vicios extraños.

—O sea, que hace años que sus relaciones con la señora Maxwells están mal, no ha sido por conocer a Mirna Herrick, realmente.

—Mirna apareció en mi vida una tarde. La vi pasando modelos, me enamoré de ella, y fui a decírselo. Hasta entonces nunca me había complicado la vida con mujeres. Bueno, se entiende que de cuando en cuando alquilaba una chica bonita para desahogarme, pero eso era todo.

—En cambio, ahora, ama usted a la señorita Herrick.

—Sí. Ella también es de las personas que vale la pena amar.

—Pues los dos han tenido suerte —sonrió Nelson.

—La esposa de usted también la ha tenido —dijo Maxwells.

—¿Mi esposa? No estoy casado, senador.

—Ah. Bueno, pero terminará casándose, supongo.

—Tal vez. ¿Por qué supone que mi futura esposa tendrá suerte?

—Mirna me dijo por teléfono que usted también es de los hombres que vale la pena amar. Y ella entiende de estas cosas. Es muy perceptiva.

—Sí, me parece una chica inteligente —admitió Nelson—, Tanto, que no le sienta nada bien el papel de amante desocupada.

—Eso terminará pronto. Estamos disfrutando los dos del verano. Cuando termine, Mirna irá a la universidad a estudiar leyes. Dice que espera que consiga el divorcio finalmente, y entonces desea estar preparada para trabajar conmigo. Claro, ella partía de la base de que yo seguiría siendo senador.

—Se diría que es una chica admirable.... además de estar como un tren.

—¿Acaso no lo está? —rió Richard Maxwells.

—Francamente, sí —sonrió Nelson—. Ha sido usted muy amable al recibirme, senador.

—Mirna me dijo que usted era un policía peculiar, y que debía atenderle adecuadamente.

Una vez más Nelson Gray asintió, comenzando a ponerse en pie. ¿Le estaban tomando el pelo el senador y su amante? Todo era tan llano, tan natural, tan suavemente simple... Pero tal vez alguien estaba mintiendo, tal vez el senador sí hubiera conocido tiempo atrás a Charles Watkins..., y tal vez él pudiera enterarse de la verdad preguntándosela a otra persona. Una persona que, según parecía, aprovecharía la oportunidad de perjudicar al senador Richard Maxwells.

Odile Maxwells, la esposa del senador, era una mujer hermosa. Alta, rubia, de hermosos ojos azules, elegante, distinguida.

Recibió a Nelson Gray en su casa, en un pequeño y coquetón gabinete privado. Estaba muy compuesta, así que, o iba a salir o hacía poco que había regresado.

—Espero no importunarla demasiado, señora Maxwells.

Ella encogió los hombros. Estaba sentada en una butaca, mirando con fría atención al atlético policía que uno de los criados le había anunciado e introducido en el gabinete. No parecía tener intención de ofrecerle asiento.

—Me disponía a salir, teniente —dijo, sin amabilidad pero sin hostilidad—. Espero que sea breve. ¿Se trata de alguna multa de tráfico?

Nelson arqueó una ceja.

—Señora Maxwells, los de Homicidios no nos ocupamos de esos trabajos. Otros compañeros lo hacen.

—Ah, creí que todos eran lo mismo... ¿Qué quiere usted?

Era demasiado simple para ser creíble: la esposa adusta y gélida, egoísta y desconsiderada..., y el marido amable, útil, cordial, que se busca una amiguita que devuelve el placer del amor a su vida. Demasiado simple.

—En realidad he venido a hacerle una sola pregunta, señora.

—Muy bien. Hágala.

—¿Conocía usted a un hombre llamado Charles Watkins?

—No.

—Bueno, no hay prisa en su respuesta. Quizá si busca en su memoria...

—Le he dicho que no.

—Es el hombre que fue asesinado hace unas cuarenta horas en Santa Catalina, en May Beach. El asunto ha aparecido en los periódicos.

—No tengo esa clase de morbo, teniente. Los asesinatos no me interesan. Suelo estar muy ocupada.

—¿En qué? —se le escapó a Nelson.

—En mis cosas. Las cuales no creo que le interesen a usted.

—Quizá más adelante podría recordar si conocía a Watkins. O quizá recuerde si lo conocía su marido. A veces, hurgando en la memoria se encuentran recuerdos sorprendentes.

—¿Qué pasaría si mi marido sí lo hubiera conocido?

—Temo que las cosas podrían complicársele al senador.

—¿Y usted espera que yo colabore en eso?

—Se ha cometido un crimen, señora Maxwells.

—¿Y cree usted que lo ha cometido mi marido?

—Me pregunto si *usted* lo cree capaz de hacerlo.

—Claro que no. Ya tiene otras ocupaciones más agradables.

—¿Se refiere a su trabajo?

—¡Su trabajo! Mire, si usted quiere complicarle la vida a mi marido puedo darle el nombre y la dirección de una jovencita a la que está manteniendo. ¿No sabía usted eso?

—No, no lo sabía.

—Pues ya lo sabe. Ella se llama Mirna Herrick, y está viviendo en Santa Catalina, en una villa que él le ha alquilado. Son un par de indecentes. Si busca basura, ahí tiene donde meter la mano.

—Señora, yo no busco nada: yo *investigo* un asesinato.

—¿Verdad que ha dicho que ese asesinato se ha cometido en Santa Catalina?

—Eso he dicho.

—Es curioso... ¿Y está relacionando a Richard con él? Bueno, yo no conocía a ese Watkins, pero tal vez sí lo conociera Richards. O quizá esa golfa que tiene en la villa. Quizá ella. No lo sé.

Nelson Gray parpadeó. ¿Ella? ¿Mirna Herrick? La pelirroja había dicho que no. Es decir, había dicho que Watkins no la había llamado para presionarla, pero no se había especificado si lo conocía de antes o no. El ceño de Nelson se frunció. Ahora ya no era un triángulo, sino un cuadrado. Cuatro lados a tener en cuenta: Watkins, Mirna Herrick, Richard Maxwells, y la esposa de éste.

La cuestión estaba en este cuadrado, lo sabía con toda certeza después de haber visitado a otras personas fotografiadas en May Beach por Charles Watkins, el cual, en efecto, había sido un hombre... divertido. Muy divertido, Lorena había tenido razón.

Nelson miró su reloj de pulsera. Las cuatro y veinte. Imposible estar en Santa Catalina para esperar a Lorena a la salida de la agencia de viajes. Ni siquiera recurriendo al helicóptero de la vigilancia costera, como había hecho para trasladarse al continente, podría llegar a tiempo. Pero además, estaba el periodista, Gordon Dews, que iría a hablar con él al Departamento.

—Bien —dijo suavemente, mirando con fijeza los ojos de Odile Maxwells—, me pregunto si valdría la pena que le dejara mi número de teléfono de Santa Catalina por si recordara usted algo, señora.

—Ya le he dicho que le pregunte a esa zorra.

—Gracias por recibirme, señora Maxwells.

Entre unas cosas y otras, y pese a que, en efecto, utilizó uno de los helicópteros de la vigilancia costera para trasladarse a la isla, eran ya más de las seis de la tarde cuando llegó al Departamento. Era una tarde hermosa, el mar le había parecido insólitamente azul.

El sargento Mills le estaba esperando, y acudió hacia él a toda prisa.

—El periodista le está esperando en su despacho, teniente. Y tengo un

recado telefónico para usted. Lo anoté hace unos minutos.

Le tendió un papel. Nelson lo desdobló, y leyó el recado: DIGANLE QUE ES UN ESTUPIDO

—¿De quién es? —preguntó impávido.

—De la señorita Loving.

—Estupendo. Vamos a ver al periodista.

Gordon Dews estaba en el despacho de Nelson, conversando con el detective Vance y tomando ambos café. Nelson fue directo a sentarse tras su mesa, encendió un cigarrillo, y miró a Dews, que le escrutaba muy atento.

—Señor Dews, quiero hacer un trato especial con usted.

—Oiga, no me venga con...

—Le ruego que me escuche, y luego tome su decisión.

—Está bien. ¿Cuál es ese trato especial?

—Antes de que su revista lance el próximo número al mercado, yo voy a tener resuelto el caso. En cuanto lo tenga, le llamaré a usted y le concederé una versión completa en exclusiva. Ningún otro periodista podrá conseguir tanta información como usted, tan de primera mano y tan prolija y exacta. A cambio de ello, y a menos que el senador Maxwells, por cualquiera extraña circunstancia, estuviera directamente relacionado con la muerte de Charles Watkins, usted no lo mencionará en ese reportaje.

—¿Está bromeando? —sonrió hoscamente Dews.

—¿Por qué dice eso?

—Escuche, teniente, un asesinato es cosa de todos los días, y aunque yo tuviese más información que mis colegas, no dejaría de ser un asesinato más. Eso no me haría famoso, ¿sabe? En cambio, mi nombre puede sonar si publico el reportaje sobre el senador que tiene una amante. Y no crea que me he quedado quietecito esperándole a usted. He hecho mis pesquisas, y sé dónde está exactamente la chica, cómo se llama, y algunas otras cosillas. No, gracias, su trato no me interesa.

—¿Ni siquiera aunque perjudique a un buen senador que todo lo malo que está haciendo es querer seguir amando?

—¡Paparruchas! —exclamó Dews—. ¡No me venga con ésas!

—Señor Dews, si yo no fuese policía, y además una persona educada, le diría que es usted un cerdo.

Gordon Dews enrojeció, poniéndose violentamente en pie. Señaló a Nelson con un dedo.

—Espere a que aparezca mi reportaje —masculló—. ¡Espere y verá lo que digo de usted también!

Salió dando un portazo que hizo temer por los cristales de la puerta del despacho. Mills movió la cabeza, y dijo:

—Apuesto a que será un reportaje venenoso. Ya no es sólo eso de la fotografía y las relaciones de Maxwells con la pelirroja; ahora está el

interés de usted en proteger a Maxwells. Algunas personas lo interpretarán de modo retorcido, eso de que un policía pretenda cubrir a un senador. O proteger... —se apresuró a añadir, viendo el gesto de Nelson—. Como sea, está claro que es lo que está usted haciendo, Nelson.

—Y me pregunto si vale la pena.

—¿Por qué ha dicho que tendrá resuelto el caso antes de una semana, teniente? —se interesó Vance—. ¿Ha conseguido algo positivo en el continente?

—Todavía no lo sé. ¿Qué hay de los dos sujetos de las fotos?

—Seguimos buscando —dijo Mills—. Bueno, ¿visitó a la chica del senador esta mañana?

—Sí.

—¿Y bien?

—Está como un tren —sonrió Nelson; y ante el cambio de miradas entre Mills y Vance, añadió—: Y además es lista y simpática.

—Pues es todo un hallazgo —sonrió Mills—, ¿Qué pasó?

Nelson lo explicó todo, tras lo cual los tres se dedicaron a hacer cábalas y comentarios, hasta que Mills preguntó:

—¿Y los demás? Supongo que visitó a otras personas fotografiadas.

—Sí —sonrió Nelson—, lo hice. Y tal como dijo la señorita Loving, el señor Watkins era un sujeto divertido... por teléfono.

—¿Por teléfono?

—Se dedicaba a hacer llamadas telefónicas. Después de hablar con la señorita Herrick fui a un chalé ocupado por un matrimonio llamado Tucker. La señora Tucker estaba sola. Le mostré las dos fotografías que tenemos de ella y su marido.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que yo era un asqueroso sinvergüenza y un vicioso, y que me iba a denunciar a la policía, ahora que por fin me conocía.

Mills ladeó la cabeza, y preguntó:

—¿Watkins la llamaba por teléfono?

—Sí. De cuando en cuando la llamaba, y le decía cosas relacionadas con las fotografías, con lo que ella y su marido hacían en la cama. Además, se permitía darle consejos, y, especialmente, le pedía que hicieran determinadas cosas, que lo pasarían espléndidamente. En opinión de Watkins, la posición del misionero era de lo más aburrido.

—La madre que lo parió —barbotó Vance—. ¡Un mirón! ¿Llamó a más personas? —preguntó acto seguido Vance.

—A todas las que visité, es decir, a las localizables. Había una jovencita que tiene un oso de trapo y que duerme con él. Se llama Sally. La muchacha estaba aterrada y avergonzada. Le devolví la fotografía y le dije que cerrara el balcón cuando jugara con su osito. Ah, lo de la pareja que se zumba: son un poco masoquistas, pero están

locos el uno por el otro. Lo más divertido fue lo de los homosexuales... Sólo había uno de ellos en casa cuando fui allá. Cuando le enseñé la foto me dijo que no hacía falta hacer tanto el tonto para integrarme, y que para qué tanta llamada telefónica de mal gusto si todo lo que tenía que haber hecho era ir allá a saludarlos a los dos, que no son celosos...

—Esto es increíble —rió de pronto Vance—. ¿Qué dijo usted?

—Si te parece me cité con él —gruñó Nelson.

—¿Y de chantaje? —inquirió Mills—, ¿Qué dijeron de eso?

—Nada de chantaje. Les llamaba un hombre, les decía cosas, conversaba con el *cliente* de turno, y colgaba. Jamás pidió un céntimo, ni hizo la menor sugerencia al respecto.

—Pero entonces... ¿por qué pretendía sacar dinero de las fotos del senador Maxwells?

¿Por qué *sólo* de él?

—No lo sé, Larry.

—Esto no tiene sentido —dijo Vance.

—Todo crimen tiene sentido —rechazó Nelson—. Y éste más, pues todo ha quedado muy embrollado. De momento no podemos hacer nada más hasta que encontremos a esos dos sujetos..., si es que los encontramos. O el otro, el que la señorita Loving vio la noche del crimen frente al edificio, hacia las diez. Porque, esto es seguro, ninguna otra de las personas fotografiadas por Charles Watkins haría una cosa así. En cuanto al individuo solitario que vio la señorita Loving se me ocurre que quizá sea un vecino de May Beach que simplemente andaba por allí, tal vez un poco bebido. En ese caso, convendría que la señorita Loving se interesara por sus vecinos más cercanos, a ver si lo identifica.

—Buena idea —sonrió irónicamente Mills—. ¿Por qué no va a proponérselo?

—Precisamente eso estaba pensando hacer —dijo muy serio Nelson Gray.

CAPITULO VII

Lorena Loving abrió la puerta de su apartamento, se quedó mirando inexpresivamente a Nelson Gray y dijo:

—¿Por quién pregunta?

—Por la señorita Loving. ¿Sabe si está en casa?

—Según para quien —replicó Lorena—. ¿Quién es usted?

—Un estúpido.

—La señorita Loving no recibe estúpidos. Lárguese, tío pelma.

Nelson Gray entró en el apartamento, cerró la puerta, agarró a la señorita Loving por la cintura, la atrajo, y la besó en la boca. Ella estuvo unos segundos inmóvil. Luego, se abrazó al cuello del policía, y correspondió profundamente a su beso. Nelson se estremeció cuando la lengua de ella entró en contacto con la suya. Separó hacia los lados el albornoz, echándolo hacia atrás, de modo que Lorena quedó desnuda y como llevando una capa. Vibró cuando las manos de Nelson le acariciaron las caderas y los pechos, y, por fin, con un profundo suspiro apartó su boca, y susurró:

—De acuerdo: yo también me he enamorado de ti.

—Lo sé. De otro modo no me habrías llamado estúpido.

—Dijiste que pasarías a buscarme. Estuve de plantón esperándote en la puerta de la agencia. Mi jefe creyó que le esperaba a él.

—¿Y qué le dijiste? —sonrió Nelson.

—Que me había atrapado la policía —rió Lorena—. Desde luego, si esta noche no hubieras venido me hubiera enfadado muchísimo.

—Aclaremos esto, Lorena: soy policía, y no podré estar siempre que tú lo desees a tu disposición.

—Tendré que resignarme —suspiró la muchacha—. De todos modos, eres un hombre al que vale la pena amar.

—¿Por qué dices eso? —susurró Nelson.

—¿No vale la pena amarte?

—No lo sé. Pero otra mujer dijo de mí eso mismo esta mañana.

—¿Antes o después?

—Me refiero a la amante del senador.

—¡De modo que es una chica lista!

—Evidentemente, lo es.

—Bueno, no soy celosa en extremo, teniente, así que estoy dispuesta a compartirtelo con la policía. ¡Pero no esperes de mí que te comparta con una pelirroja!

—¿Y con una morena?

—Nelson, jamás he soportado la insinceridad. Si te quedas esta noche tiene que ser de verdad.

—¿Has preparado algo para cenar?

—Sí.

—Entonces, me quedo —sonrió Nelson Gray.

* * *

El teléfono sonó poco después de las siete de la mañana. Se despertaron los dos a la vez, y se quedaron mirándose. Lorena sonrió. Nelson le pasó un brazo por la nuca, la atrajo, y la besó en la boca. Ella se le abrazó. El teléfono seguía sonando. Decidieron atender la llamada. Nelson la besó en un pezón, y dijo:

—Si es tu jefe dile que, en efecto, estás en manos de la policía.

—Pero eso no es cierto, al menos en este momento —rió ella.

—Pero puede serlo.

La atrajo sobre él, abrazando su desnudo cuerpo. Lorena consiguió alcanzar el teléfono, pese a todo.

—¿Diga? —inquirió, riendo.

—¿...?

—Sí, está aquí... —colocó el auricular entre ambos cuerpos—. Es para ti.

—¿Morena o pelirroja?

—Un hombre.

—Horror. Bueno, apuesto a que es el sargento Mills—se colocó el auricular en una oreja—. ¿Sí?

—...

—Me lo imaginaba, Larry. ¿Cómo se le ha ocurrido llamarme aquí?

—...

—Bueno, pero si no estaba en mi apartamento podía estar en cualquier otra parte, ¿no?

—...!

—Usted cree que no —masculló Nelson—. Bueno, de acuerdo: sólo podía estar aquí.

¿Qué ocurre?

—...

—¿Eso es seguro? —exclamó Nelson.

—...

—Nos reuniremos dentro de una hora.

Colgó, y quedó pensativo. Todavía encima de él, Lorena le dio un mordisquito en la barbilla.

—Estoy aquí —dijo.

—Han identificado a los dos sujetos que aparecen en las fotografías de Charles Watkins entrando y saliendo de su apartamento. Sus nombres son Elmer Carmody y Luke Barrows. Trabajan en el equipo electoral de un hombre llamado Thomas Cowan.

—¿Equipo electoral?

—Thomas Cowan está preparando su presentación como candidato al senado, en rivalidad con Richard Maxwells. Si Maxwells desaparece

del escenario político Cowan será elegido senador sin duda alguna.

—Dios bendito...

—Tengo que irme a Los Ángeles, Lorena.

—Sí, pero dentro de una hora. Me pregunto si te has concedido ese margen para darle tiempo al sargento Mills a preparar el viaje o tienes otras intenciones. Me gustaría más esto último, porque esta noche he quedado convencida de que sí vale la pena amarte.

—A ti también —la acarició Nelson.

—Pues entonces, árame —susurró Lorena, cerrando los ojos y bajando su boca hacia la del policía.

Nelson la acarició de nuevo, y Lorena se estremeció, ya besándose... Pocos minutos después, la muchacha emitió un gemido de dicha, y se abandonó completamente en brazos del policía. Sabía que no tendría que arrepentirse. Tenía toda una noche de experiencia al respecto.

Y había adquirido otra experiencia muy positiva: lo mejor siempre se encuentra cuando no se busca. Entonces, naturalmente, no hay que dejarlo escapar.

* * *

El detective Koch, que era quien había estado coordinando la búsqueda de los dos sujetos de las fotos en el continente, salió del coche, y acudió al encuentro de Nelson y Mills, recién apeados del suyo.

—¿Sigue en su despacho? —preguntó en seguida Nelson.

—Sí, señor. Seguimos buscando a los dos sujetos, pero tal vez nos ahorremos mucho trabajo preguntándole directamente a Thomas Cowan dónde están. Él llegó a las oficinas a las nueve treinta y cinco, y sigue ahí. Ocupan toda la planta quinta. La «Cowan Enterprises». Todo un ricacho. Es uno de esos hombres que se han hecho a sí mismos, como suele decirse.

Nelson asintió.

—Quédate aquí con Vance —señaló el coche en el que había llegado —, y si aparecieran los dos sujetos de las fotos no hagáis nada, dejad que suban a ver a Thomas Cowan..., pero ya sin perderlos de vista.

—Sí, señor.

Nelson miró a Mills, y ambos se encaminaron hacia el edificio donde tenían instaladas sus oficinas la «Cowan Enterprises». En la planta quinta, directamente delante de la salida del ascensor, había una amplia oficina de recepción que era a la vez vestíbulo. Una muchacha rubia les atendió, mirando atentamente de uno a otro hombre. Tras escucharles, les pidió que esperasen, y se encaminó hacia una puerta, a su izquierda. Regresó tres minutos más tarde, acompañada de otra muchacha, más alta, menos rubia, más guapa, más madura y con lentes. Aspecto de intelectual.

—El señor Cowan —dijo amablemente— está ocupado en estos momentos, pero si tienen la bondad de esperar les anunciaré dentro de cinco minutos. No creo que la reunión se prolongue más de un cuarto de hora. Soy miss Fowler, su primera secretaria.

—Esperaremos, señorita Fowler —dijo Nelson—. Gracias.

Tuvieron que esperar casi veinte minutos. Finalmente, miss Fowler les introdujo en el despacho de Thomas Cowan, que les contempló con relativo interés desde su sillón. Nelson se presentó de nuevo, y presentó a Mills, mientras observaba a Cowan. Este debía tener unos cincuenta años, era casi completamente calvo, ligeramente obeso, pero rebosante de salud. Usaba gafas, y tras los cristales, sus ojos grises, perspicaces, se movían continuamente, como queriendo captar todo cuanto sucedía a su alrededor. Un hombre que se había hecho a sí mismo... ¿Hasta dónde quería llegar? Evidentemente, por el momento, hasta el Senado de los Estados Unidos de América.

—Bien, teniente, ustedes dirán.

Nelson le tendió la fotografía de los dos sujetos.

—¿Conoce a estos dos hombres, señor Cowan?

Este tomó la foto, la miró, y movió en seguida la cabeza.

—Ah, sí. Creo que trabajan en mi equipo electoral.

—¿Dónde podríamos encontrarlos?

—No tengo ni idea. De esta clase de personal se ocupa Gary Kerpon, el coordinador de mi campaña.

—¿Qué quiere decir con eso de «esta clase de personal»?

—Creo que son sujetos dedicados a algo así como guardaespaldas. Bueno, digamos que forman parte del grupo de encargados de que no haya alborotos ni contratiempos de ninguna clase. A veces aparecen exaltados que conviene... controlar discretamente. Me pareció prudente contratar hombres como éstos.

—Sí, lo comprendo. Supongo que el señor Kerpon sí sabrá dónde encontrarlos.

—Desde luego. Claro que antes habría que encontrar a Gary. No sé dónde se ha metido desde hace tres días. Imagino que estará trabajando en la campaña, de algún modo, pero me tiene fastidiado con su silencio.

—¿No lo ha llamado usted a su domicilio?

—Miss Fowler lo ha estado haciendo varias veces al día. No está allí. ¿Qué es lo que ocurre?

—¿Conoce usted a un hombre llamado Charles Watkins?

—Watkins... No. Pero me suena el nombre. Espere... ¿No es el hombre asesinado en Santa Catalina?

—En May Beach, concretamente.

—Ya.

—¿Conoce usted May Beach, señor Cowan?

La gris mirada de Cowan fue de uno a otro policía, con una viveza y perspicacia que impresionaron tanto a Nelson como a Larry Mills.

—Tal vez si me dijeran algo concreto podríamos los tres ahorrarnos tiempo —dijo suavemente.

Nelson Gray le tendió ahora la fotografía de Maxwells y su amante. Cowan la miró, afirmó varias veces con la cabeza, y devolvió la foto.

—Lo siento por Maxwells —dijo—. Pero cuando se juega no siempre se gana.

—¿Conocía usted la existencia de esta fotografía?

—No, pero sabía que tenía una amiguita. Su esposa me lo dijo.

—¿La esposa de Maxwells? —saltó Mills.

—Sí. Me llamó por teléfono hace... un par de semanas, me parece, y me dijo que podía proporcionarme algo que me ayudaría a ganar las elecciones contra su marido. No me sorprendí demasiado, pues había oído rumores de que las cosas no iban bien entre ellos. Le pregunté de qué se trataba, y me dijo que él tenía una zorra instalada en Santa Catalina, y que podía decirme su nombre y dirección. Bueno, todo eso. Le dije que no me interesaba utilizar esa clase de juego en mi campaña, y ella me insultó y colgó.

—¿Le insultó?

—Si no recuerdo mal —sonrió Cowan— me llamó cobarde de mierda.

—Caray —dijo Mills.

—¿Conoce usted a un periodista llamado Gordon Dews? —preguntó Nelson.

—No.

Nelson Gray estaba en un dilema. Si Richard Maxwells le había parecido un hombre honesto, no menos honesto le parecía su rival, Thomas Cowan. Y no sólo honesto, sino un luchador de los que jamás se dan por vencidos. Pero no con juego sucio, al parecer.

—Señor Cowan: ¿dónde vive su coordinador, el señor Kerpon?

—Me gustaría que lo encontrasen... y se me ocurre una idea, si es que van a ponerse a buscarlo.

—Eso pensamos hacer —asintió Nelson.

—Vive en el 2064 de Alvarado Avenue, en un apartamento. He estado allí tres o cuatro veces. Si les parece bien, podemos ir los tres, a ver qué es lo que pasa.

—Eso es muy amable de su parte, señor Cowan. Aceptamos, claro está.

—Podemos ir en mi coche. Quizá Gary ha dejado algún mensaje en la portería.

Veinte minutos más tarde sabían que el señor Kerpon no había dejado mensaje alguno en la portería. El portero, además, tampoco había visto al señor Kerpon desde hacía tres o cuatro días, no recordaba bien. Nelson Gray decidió actuar directamente.

—¿Tiene usted llave de su apartamento?

—Por supuesto.

—Búsquela y suba con nosotros.

Un minuto más tarde los cuatro hombres entraban en el apartamento de Gary Kerpon. Y nada más hacerlo, Mills quedó clavado en el suelo, y jadeó:

—Dios...

Olía a muerto.

Cosa lógica, pues había un muerto en el apartamento. Exactamente, en la cocina, tendido de costado sobre un charco de sangre reseca, como la que manchaba su vientre, en el cual se veía clavado un gran cuchillo de cocina. Los ojos de Gary Kerpon parecían de cristal sucio, sus manos se agarrotaban en el vientre, donde Mills, acuchillado y tapándose la nariz, pudo observar varias cuchilladas inferidas en todo el abdomen. Nelson Gray miró a Thomas Cowan, que estaba pálido, demudado, profundamente impresionado.

—Esto complica más las cosas, señor Cowan.

Este lo miró, parpadeó, y permaneció en silencio. Mills se incorporó y dijo:

—Voy a llamar a nuestros compañeros de Los Ángeles, y veremos qué encontramos por aquí. Buscaré un teléfono en la calle, Nelson.

—Bien.

Eran cerca de las once de la mañana.

Hacia la una, habían sucedido tantas cosas que Nelson Gray, simplemente, estaba desbordado. Una de ellas, que sabían ya dónde estaban los dos sujetos de la fotografía, Luke Barrows y Elmer Carmody; sus colegas de Los Ángeles habían encontrado su pista en una línea aérea: Barrows y Carmody se habían marchado a México dos días antes. El destino era Ciudad de México, pero a saber en qué parte de Méjico estaban ahora..., si es que continuaban allí. En el apartamento fue hallada una copia de la fotografía que mostraba a Richard Maxwells y Mirna Herrick en la terraza. También, en un cajón del escritorio, se encontró un cheque por cincuenta mil dólares, firmado por Thomas Cowan. Y sobre una mesita de la sala un ejemplar de la revista «World Talks».

Thomas Cowan reconoció el cheque como suyo, añadiendo:

—Gary me pidió esa cantidad hace unos días, para gastos de la campaña. No sé nada más. ¿Puedo llamar a mi abogado?

—Será mejor que lo haga —asintió Nelson.

A las seis de la tarde, Nelson Gray había perdido toda esperanza de encontrar cualquier pista o huella del asesino de Gary Kerpon. Los de Huellas le dijeron bien claramente que, precisamente donde más esperanzas tenían de encontrar alguna huella, éstas habían sido borradas con un pañuelo: en el mango del cuchillo.

En la cabeza de Nelson Gray todo era confusión, salvo una cosa, un

solo detalle: la persona que había matado a Gary Kerpon era la misma que había matado a Charles Watkins. Esta vez, sin embargo, se había utilizado un arma que definía mucho mejor al asesino: era alguien capaz de matar a cuchilladas, ya no podía pensar en alguien que se acalorase en determinado momento. Y otra cosa: el asesino había ido allí a matar a Kerpon y a nada más. Y Kerpon le había recibido..., igual que Charles Watkins. Es decir, que tanto Kerpon como Watkins conocían al asesino, o, cuando menos, no habían imaginado jamás que la persona que les visitaba pudiera matarles.

En el Departamento de Policía, el abogado de Thomas Cowan consiguió finalmente hacer un aparte con Nelson Gray.

—En definitiva, teniente: ¿qué piensa usted?

—Yo, nada, señor Jarret.

—Sí, entiendo. Quiero decir que todo este asunto parece indicar que el señor Cowan puede estar más o menos involucrado. A fin de cuentas, tanto Gary Kerpon como los sujetos que han viajado a México trabajaban para él. Sé que muchas personas relacionarán todo esto con las elecciones..., en las que el señor Cowan iba por detrás del señor Maxwells, de momento.

—Usted lo está diciendo todo.

—Soy gato viejo. Todo parece como una maniobra extraña y criminal del señor Cowan. Pero si suponemos...

—Señor Jarret —dijo amablemente Nelson—, usted es abogado, y yo soy detective. ¿Me permite sugerirle que cada cual se ocupe de su especialidad?

—El señor Cowan es incapaz de tramar algo semejante.

—Según parece, usted tiene las ideas más claras que yo, percibe mejor la situación. Le aseguro que yo no veo nada claro. Sinceramente, señor Jarret, estoy tan confundido que ni siquiera puedo seguir trabajando por hoy. Lo mejor que puedo hacer es retirarme a reflexionar.

—Mañana por la mañana —murmuró Jarret—, todos los periódicos harán comentarios nada favorables para el señor Cowan.

—Y para el señor Maxwells —indicó Nelson—: no olvide que esa foto ya nadie podrá impedir que se publique. Y no lo digo por la que hemos encontrado en el apartamento de Gary Kerpon, que está bajo control, sino por la que tiene el periodista Gordon Dews: en cuanto éste sepa que el asunto se está aireando, no se lo pensará dos veces antes de querer sacar tajada profesional. Conoce a la amiga del señor Maxwells, tiene una foto..., y ya no dejará que le pisen la noticia, así que la venderá a quien sea.

—Es decir, que tanto Cowan como Maxwells van a salir perjudicados.

—Eso me temo.

Nelson se alejó de Jarret, y se reunió con Mills, que conversaba con colegas de Los Ángeles.

—Larry, me voy a casa —dijo.

—¡Cómo que se va a casa...! —saltó el teniente Harold.

—Eso he dicho, compañero —le sonrió cansadamente Nelson.

—Escuche, Gray, estamos todos metidos en...

—¿Puedo hacer una sugerencia? —alzó un dedo Mills—: si Nelson dice que se va a casa lo mejor que podemos hacer es desearle buen viaje.

—Llámeme si ocurre algo inesperado —dijo Nelson, agradeciendo con un gesto la intervención de Mills.

Se marchó, dejando a sus colegas estupefactos. Larry Mills dijo:

—Denle unas horas de soledad, y ya verán cómo nos ahorramos todos mucho trabajo.

CAPITULO VIII

—Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña —dijo Lorena, en la puerta del apartamento de Nelson Gray.

—Lorena, estoy ocupado —sonrió desganadamente Nelson.

—De acuerdo —ella entró en el apartamento, cerró la puerta, le besó en los labios y dijo—: me encargaré yo de preparar la cena.

—Te habría llamado por la mañana, para que me acompañases a Los Ángeles: hay un sujeto al que me gustaría que vieras..., aunque no es un espectáculo agradable.

—¿Qué quieres decir?

—Lo han matado a cuchilladas. Y se me ha ocurrido que podría ser el que viste la otra noche frente a la puerta del edificio.

—Dios bendito, Nelson: ¿esperas que identifique a un hombre al que no vi bien, al que sólo vi caminar alejándose..., y que ahora, encima, está muerto?

—Bueno, era una idea —gruñó Nelson.

—Está bien, lo intentaré. ¿Qué estabas haciendo?

—Pensando.

—¡Oh! Bueno, no haré ruido. Me he traído el pijama.

Nelson movió la cabeza, y eso fue todo. Regresó al sillón en el que había estado sentado, reflexionando, cigarrillo tras cigarrillo. El abogado Jarret había tenido razón: aquel asunto iba a perjudicar tanto a Maxwells como a Cowan. Los dos perjudicados. Entonces... ¿quizá había un tercer personaje interesado precisamente es esto? ¿Quién? ¿La señora Maxwells, mujer rencorosa que odiaba a su marido y se había molestado tanto con Cowan porque éste había rechazado su colaboración para fastidiarlo? ¿Quién más quedaba?

Dentro del dormitorio, adonde había ido a dejar sus cosas, Lorena Loving estaba contemplando su propia fotografía clavada con chinchetas en la pared. Estuvo así unos segundos, y por fin, sonriente, salió del dormitorio y fue a sentarse en las rodillas de Nelson.

—Te amo —dijo—. De verdad, Nelson. Pero eres un ladrón.

—¿Has estado en el dormitorio?

—Sí. Pero dime: ¿por qué no robaste la foto en la que estoy desnuda? Es más... estimulante, ¿no?

—Me bastaba ver tus ojos. Lo demás que tienes abunda mucho por ahí.

—¡Eso no es precisamente un piropo! —protestó Lorena—. Además, puede que abunde, pero no es de la misma calidad. A ver: dime cuántas chicas tan apetitosas como yo has visto en tu vida.

—La verdad es que pocas. Pero puedo mencionarte una, al menos, así de pronto: Mirna Herrick.

—¡Oh, bueno, pero ella no te quiere y yo sí! Además, está con su

senador ahora, así que olvídala.

—¿Está con su senador ahora? ¿Maxwells está en la villa con ella?

—Claro. Los vi un momento desde la terraza..., pero corrieron las cortinas en seguida.

—Ya están escarmentados.

—Estás preocupado, ¿verdad?

—Mi cabeza es una jaula de grillos. Lo siento, cariño, pero tengo que trabajar mucho esta noche. No sé a qué hora me acostaré.

—Comprendida la indirecta —sonrió Lorena—. Pero... ¿te importa que, simplemente, duerma en tu cama?

—No. Quizá te despierte.

Pero a las dos de la mañana, con un terrible dolor de cabeza, y completamente agotado, Nelson Gray no despertó a Lorena Loving. Se desnudó, se tendió junto a ella, que se había dormido desnuda esperándole, y tras besarle suavemente un hombro, se dispuso a intentar dormir. O, al menos, descansar.

* * *

—Estaré lista en dos minutos —dijo Lorena.

—De acuerdo.

La muchacha entró en el edificio, a recoger algunas cosas de su apartamento, y Nelson encendió un cigarrillo, al volante del coche. Tendría que recurrir otra vez a un helicóptero de la vigilancia costera... Bueno, si Lorena no identificaba a Gary Kerpon como el hombre que vio la otra noche, todo seguiría embrollado. Si lo identificaba, se podría comenzar a especular sobre la posibilidad de que hubiera sido Kerpon quien mató a Watkins, pero... ¿quién había matado a Kerpon?

Apenas había fumado medio cigarrillo cuando Lorena regresó, sentándose a su lado. Nelson la miró, abrió la boca..., y respingó, al ver la palidez de la muchacha.

—¿Qué te ocurre? —exclamó.

—Debo estar loca —murmuró Lorena.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—He visto al hombre de la otra noche, desde mi terraza. Es decir...

—¿Lo has visto? ¿Dónde?

—En la terraza de la villa del senador Maxwells. Pero es que...

—¡No me dirás que es el senador!

—No, no. Es ella.

—¿Ella? ¿Quién?

—La pelirroja.

Nelson Gray quedó como si acabasen de darle un mazazo en la cabeza.

—¿Mirna Herrick? —jadeó.

—Ya te he dicho que debo estar loca, Nelson. Seguramente es una

chifladura mía. Jamás la habría relacionado con aquel hombre, pero... la he visto caminar por la terraza unos pasos, y... ¡Oh, bueno, olvidémoslo!

Nelson Gray se quedó mirando fijamente aquellos hermosos ojos que había amado nada más verlos. En un instante, su mente se relajó. Fue como si la hubiera tenido llena de humo y acabase de soplar un viento que lo dispersara bruscamente.

—Nada de olvidarlo —susurró—: Lorena, te amo.

—Esta noche no me has amado —reprochó ella, desconcertada.

—Nos quedan miles de noches en nuestra vida. ¿El senador está todavía con la pelirroja?

—Sí, he visto...

—Te diré lo que tienes que hacer. Luego, iré a hacer una visita.

* * *

—Ah, teniente —sonrió Mirna Herrick—, ¡qué sorpresa! Estábamos...

—¿Puedo pasar, señorita Herrick?

Richard Maxwells apareció en el vestíbulo, mirando amablemente a Nelson, que le lanzó una rápida mirada.

—Pase, teniente, pase. Estábamos a punto de desayunar. Un poco tarde, pero nos quedamos dormidos. ¿Podemos servirle en algo?

—Así es, señor Maxwells —se adelantó Nelson hacia él—. He venido a pedirle un pequeño favor a la señorita Herrick. Tengo algunas dudas sobre ciertos detalles de May Beach que podrían ayudarme a esclarecer el asunto, y quisiera que la señorita Herrick me las aclarase desde la terraza... Por supuesto, no es necesario que usted salga también.

—Lo evito en lo posible —asintió Maxwells—. Bueno, me quedaré dentro. Acompaña al teniente, mi amor.

—Claro que sí —rió la pelirroja.

Nelson Gray señaló las zapatillas de la muchacha, de tacón alto.

—Me atrevo a pedirle que salga descalza, señorita Herrick.

—¿Descalza? —exclamó ella—. ¡Qué cosa tan extraña! ¿Por qué?

—Luego se lo explicaré.

Mirna Herrick miró a Maxwells, que miraba fijamente a Nelson.

—Estoy seguro de que el teniente tiene muy buenas razones para pedirte eso, querida. Te ruego que le complazcas.

—Oh, muy bien...

Mirna Herrick se descalzó, y acompañó a Nelson a la terraza. Ya en ésta, Nelson Gray se dedicó a hacer preguntas a la muchacha. Haciéndola caminar de un lado a otro de la terraza. Preguntas sobre la cala, que desconcertaron todavía más a la pelirroja, y que fue contestando como pudo. Finalmente, Nelson se dio por satisfecho, y regresaron al interior de la villa. Maxwells no estaba allí, lo que

desconcertó todavía más a Mirna.

—¿Richard? —llamó.

En aquel momento sonó el teléfono. Mirna fue a atender la llamada, pero Nelson se le adelantó, descolgando rápidamente el auricular.

—Dime —murmuró.

—...

—Bien. Espérame ahí.

Colgó, y miró a la cada vez más desconcertada Mirna Herrick.

—Era una persona que quería hablar conmigo, señorita Herrick, para decir que, en efecto, es usted el «hombre» que estuvo merodeando el edificio de apartamentos donde vivía Charles Watkins. La he visto caminar bien, sin tacones altos, como caminó usted aquella noche, vestida como un hombre y recogido el cabello, quizá incluso con una peluca masculina. ¿Puede decirme qué hacía usted allí y disfrazada?

Mirna había palidecido, y sus ojos se habían descontrolado. Abrió la boca, y llamó, histérica la voz:

—¡Richard! ¡Richard...!

—Empiece a olvidarlo —aconsejó Nelson—, porque de momento él se ha escapado, al comprender que yo me he dado cuenta de la jugada. De todos modos, no irá muy lejos, es demasiado conocido. Y dentro de poco cientos de compañeros míos lo estarán buscando por todas partes de la isla..., ya que ni siquiera podrá salir de ella por medio alguno. Siéntese ahí.

Señaló un sillón, descolgó el auricular del teléfono, y llamó al Departamento, impartiendo rápidas y muy concretas instrucciones. Cuando colgó, miró fijamente a Mirna, que estaba lívida como un cadáver.

—Como ve, no será posible que el señor Maxwells escape. Y ahora, señorita Herrick, charlemos usted y yo. Mejor dicho, hablaré yo, y usted sólo tendrá que decirme si estoy o no estoy equivocado. ¿Es cierto o no es cierto que Maxwells sea el asesino de Charles Watkins y Gary Kerpon?

Mirna Herrick estalló en sollozos. Nelson la miró duramente, y prosiguió su ataque sin piedad alguna:

—Evidentemente, Maxwells se dio cuenta de que desde una terraza les espiaban, y pronto supo que se trataba del inofensivo mirón Charles Watkins, y no, como temía, de alguien que quería conseguir fotografías que le comprometiesen. Y eso fue lo que le dio la idea. En realidad, sus relaciones con usted tenían de descubrirse tarde o temprano, así que decidió... precipitar los acontecimientos obteniendo beneficio de ello. Doble beneficio, pues tuvo la genial idea de quitar de en medio a su rival para el Senado, el señor Cowan. De modo que contrató a Gary Kerpon, que trabajaba para Cowan, y le dijo que a su vez contratase un par de sujetos de Cowan para que hicieran una

visita a Charles Watkins. Lo que tenían que hacer aquellos sujetos era fotografiarlos a usted y a él en la terraza, amenazando a Watkins con denunciarlo, o con males físicos, si les complicaba la vida. De modo que los dos sujetos, desde el apartamento de Watkins, los fotografiaron a ustedes, y fueron a entregar las fotografías a Gary Kerpon, convencidos de que era una jugada de éste favorable al señor Cowan. Luego, Kerpon envió fuera de los Estados Unidos a esos dos sujetos, sin saber que habían sido fotografiados..., cosa que, por otra parte, Maxwells esperaba, pues habría sacado sus cuentas sobre la... pericia fotográfica de Charles Watkins. Y eso le convenía. ¿Voy bien, señorita Herrick?

—No... ¡No!

—Yo creo que sí. Pero sigamos. Gary Kerpon obtuvo las copias fotográficas, avisó a Maxwells, y éste fue a verlo. Ya en el apartamento de Gary Kerpon, se aseguró de que éste había seguido el resto de sus instrucciones, es decir, que había pedido un cheque por cincuenta mil dólares a Cowan, a fin de que, al ser hallado, así como una copia de la fotografía de usted y Maxwells, se pensara que Kerpon, a cambio de cincuenta mil dólares, había actuado en el asunto de Watkins, matando a éste para quitarle la fotografía que comprometía a Maxwells, rival de Cowan. Lo que nadie podría sospechar era que Kerpon estuviese traicionando a Cowan a cambio de promesas que debió hacerle Maxwells, como por ejemplo, más dinero o un puesto en la política directa, de buen futuro, en lugar de ser un simple coordinador de campañas. Pero lo engañó y lo mató. Y allí estaba el cheque, la fotografía... Perfecto. Todo hacía entender que era una maniobra de Cowan, quien, finalmente, quizá porque Kerpon le sometía a chantaje basado en el asesinato de Watkins, decidió quitarlo de en medio. En definitiva, esto habría eliminado políticamente a Thomas Cowan para siempre. Pero, para darle mayor seguridad y verosimilitud a todo, Maxwells buscó todavía otro conducto de publicación de la foto de ustedes dos: llamó por teléfono al periodista Gordon Dews, que jamás había oído la voz de Watkins, y, desfigurando la suya por si Dews la identificase al haberlo visto y oído en programa de televisión y radio, le dijo que le enviaba una foto por correo y que le visitase al día siguiente a las siete. Se trataba de que la Policía entrase en contacto con Dews y viese la foto, para que nos fijásemos en ella si no lo habíamos hecho ya al encontrar los álbumes. Sobre todo, el álbum donde Maxwells *colocó* personalmente su fotografía la noche en que fue a matar a Watkins mientras usted vigilaba en la calle. ¿Fue así?

—No... ¡Oh, Dios mío!

—Vamos, señorita Herrick, todo está perdido. ¿Fue así?

—No... ¡Sí, sí, sí, fue así...! ¡Sí!

—De acuerdo —aspiró hondo Nelson—. Maxwells encontró los álbumes, o le hizo confesar a Watkins donde estaban. Lo mató, colocó la fotografía en uno de los álbumes, y lo revolvió todo para que se pensase que alguien había ido allí a buscar la foto de ustedes: un alguien que sólo podía ser Cowan o empleados de éste. Pero en realidad, se trataba de *colocar* la fotografía en uno de los álbumes, no de llevarse nada. Y además, la jugada de avisar a Dews ofreciéndosela, simulando un chantaje por parte de Watkins. Inicialmente, todo podría acusar a Maxwells, pero nosotros, la Policía, tendríamos que ir descubriendo que quienes habían participado *visiblemente* en el asunto eran empleados de Thomas Cowan, quienes, vigilando tal vez a Maxwells sabían que tenía esta villa con usted dentro, y, buscando el modo de obtener pruebas fotográficas llegaron a descubrir las... diversiones de Watkins y decidieron aprovecharse de tan magnífica atalaya para obtener fotos. En fin, que la foto sería publicada, pero Thomas Cowan acusado de maquinaciones y dos asesinatos, directa o indirectamente. Fuera de combate. En cuanto a Maxwells, cierto, todo lo de ustedes se sabría, pero él esperaba que redundase en su beneficio, ganándose las simpatías de los electores diciendo que había pasado muy malos momentos, que la amaba a usted, que su esposa no quería concederle el divorcio... Así, se aprovechaba de las relaciones entre ustedes dos. Unas relaciones que podrían haberle perjudicado cuando tarde o temprano fuesen conocidas, las encauzó en su beneficio, dándoselas de víctima de chantaje, de una esposa implacable y hostil, de turbias maquinaciones... Resultado final: las simpatías de los electores para él..., y Cowan fuera de juego. Lo que también le convenía, ya que si Cowan no hubiera tenido mácula alguna, habría ganado, ya que él sí tenía una mácula, algo que ocultar: usted. Pero lo volvió todo a su favor. Y ahora, señorita Herrick, ese hombre, ese asesino cuya frialdad me produce auténticos escalofríos, está huyendo como un loco, demostrando ser mucho menos inteligente que hasta estos momentos.

Él debería saber que *nunca* conseguirá salir de esta isla, que mis compañeros... Nelson Gray calló de pronto, y palideció.

El mismo lo había dicho: Maxwells era demasiado inteligente para creer que podría escapar de la isla. Entonces, ¿qué pretendía escapando de la villa? ¿Adónde pretendía ir que le proporcionase algún resultado positivo...?

—Dios... —jadeó Nelson—. ¡Dios!

Se precipitó hacia el teléfono, lo descolgó, y marcó con crispados movimientos el número de Lorena. Lanzó un grito de alegría al oír que al otro lado descolgaban el auricular.

—¡Lorena, Maxwells va hacia ahí! —exclamó—. ¡No permitas de ningún modo que entre!

—¿...?

—¡Ya te lo explicaré! ¡He perdido demasiado tiempo hablando con Mirna, no puedo entretenerme más! ¡No permitas que llegue hasta ti! Colgó de un manotazo, y se lanzó fuera de la sala, completamente olvidado de Mirna Herrick. Salió a la avenida como disparado, justo cuando ante la villa se detenía un coche policial, del cual salieron los dos hombres de dotación.

—¡Haceros cargo de la muchacha! —les gritó—. ¡Y venid inmediatamente detrás de mí al apartamento de Watkins!

Se metió en su coche y arrancó haciendo rechinar los neumáticos. ¡Había perdido el tiempo estúpidamente hablando con Mirna Herrick, creyendo que Richard Maxwells sólo intentaba huir, dejando en la estacada a su amiguita! Y no era así.

Tuvo un escalofrío al comprender con terrible nitidez los propósitos de Richard Maxwells: seguramente iba armado, y podía haber disparado contra él en la villa, pero había comprendido que era demasiado riesgo para él enfrentarse a un policía, entrenado para matar si era necesario, y había decidido atacar el punto débil: Lorena Loving. Quería capturarla a ella, y amenazarlos a todos, y sobre todo a él, con matar a la muchacha si no le facilitaba la fuga con Mirna. Tendría a Lorena como rehén. Para todos, un rehén cualquiera, pero para él... ¡Dios!

—Si le haces el menor daño te haré pedazos —jadeó Nelson.

* * *

Lorena apenas había colgado el auricular cuando oyó la llamada a la puerta de su apartamento. Tras respingar, corrió hacia allí, y la cerró con llave. Al otro lado oyó el jadeo del hombre, y en seguida los fuertes golpes contra la madera. Era un jadeo pesado, ahogado, como el de una fiera acorralada.

Pero no podría entrar. ¡Ningún hombre normal podía derribar aquella puerta!

Se convenció de lo contrario en menos de tres segundos, cuando sonó el primer disparo y las primeras astillas saltaron junto a la cerradura. Ahogando un grito, Lorena retrocedió, mirando con ojos desorbitados la astillada madera, que pronto tembló al recibir el segundo impacto. Fuera del apartamento comenzaron a oírse voces asustadas. Lorena comprendió que a Maxwells no le importaba hacer ruido. Tenía un objetivo, y se proponía alcanzarlo cuanto antes: ella misma.

Dio la vuelta, y corrió hacia el fondo del apartamento, mientras sonaba el tercer disparo. Oyó crujir la puerta. No tenía ni idea de dónde podía esconderse... ¡El apartamento era tan pequeño! De pronto, miró hacia la terraza. Corrió hacia la puerta, la abrió, y salió. Dentro de su apartamento se oyó el fuerte estrépito de la puerta

lanzada contra la pared. Lorena se acercó al murete de separación, lo escaló como pudo, arrancando flores y plantas, y cayó de rodillas en la terraza de Watkins. Abrió la puerta-ventana y se metió dentro del apartamento. Un instante después, se metía en el laboratorio... Se quedó mirando, jadeante, sus fotografías, todavía clavadas en las paredes.

En el apartamento de Watkins se oyó un fuerte ruido. Maxwells había comprendido su intento de esconderse allí. Se metió detrás de las pilas de revelado, acucillándose, encogiéndose cuanto pudo, y contuvo la respiración.

Ahora no oía nada dentro del apartamento, pero sí las voces de algunos vecinos afuera, en la escalera.

Transcurrió quizá medio minuto, que a Lorena le pareció una eternidad. De pronto, la voz de Maxwells, en la puerta del laboratorio, como un chirrido:

—Sé que está ahí. Salga.

Lorena no se movió. No respiraba. Con la esperanza de que Maxwells creyera que se había escapado por la puerta del apartamento de Watkins, permaneció inmóvil y en silencio. ¡Oh, Dios, la puerta...! ¡Debió escapar por allí en lugar de esconderse!

—Le he dicho que salga —sonó de nuevo la voz de Maxwells.

Pero ahora no en la puerta del laboratorio, sino junto a ella. Lorena alzó la mirada, y vio la pistola cerca de su rostro. Maxwells la estaba mirando. Tenía las facciones desencajadas y sudorosas, las pupilas dilatadas... La agarró de pronto por un brazo con la mano izquierda, y tiró de ella.

—¡Le he dicho que salga, maldita sea! —aulló—. ¡Usted va a servirme de rehén para que ese maldito policía nos proporcione a Mirna y a mí un helicóptero para escapar a México! ¡Camíne!

La empujó por delante de él, sin soltar su brazo, y la sacó del laboratorio. Su mano era como una garra de hierro en la carne de Lorena, que comprendió que estaba perdida. Tanto si Nelson accedía a sus exigencias de Maxwells como si no, Maxwells la iba a matar. Aunque se la llevara como rehén en un helicóptero acabaría por matarla y tirarla al mar...

Se volvió de pronto hacia él, empujándolo con una mano en la cara, dejando unas profundas estrías de sangre sobre el ojo derecho. Maxwells lanzó una horrenda maldición, y disparó mientras caía hacia atrás al tropezar. Por encima de su cabeza, Lorena oyó el crujir de la bala, que luego impactó en el techo. Para entonces, la muchacha corría ya por el pasillo. Oyó el rugido de Maxwells, y gritó de puro pánico. En el momento en que alcanzaba la puerta del apartamento, Maxwells aparecía en la sala, y volvía a disparar contra ella. La puerta vibró al recibir el impacto. Lorena salió al descansillo, donde algunos

vecinos se quedaron mirándola alucinados.

—¡Escóndanse! —gritó Lorena—. ¡Se ha vuelto loco!

Se lanzó escaleras abajo, oyendo el ruido de puertas al cerrarse. En seguida, tras ella, captó las recias y precipitadas pisadas del hombre, su jadeo, sus maldiciones. Nunca en su vida había bajado Lorena Loving tan deprisa tres pisos. Cuando alcanzaba la puerta que daba a la calle, sin haber visto por parte alguna al conserje, oyó el berrido de Maxwells:

—¡Deténgase!

No le hizo caso. Dio el paso que la pondría fuera del alcance del arma del asesino, pero en seguida algo caliente le mordió en el costado derecho, hacia la espalda. Lorena Loving lanzó un grito, acabó de salir a la calle corriendo y girando, dio tres pasos, y cayó sobre la acera. Se volvió, y vio a Maxwells saliendo, buscándola con ojos enloquecidos. Al verla lanzó un aullido de rabia, mientras la sangre cegaba su ojo derecho.

—¡Perra maldita, por tu culpa...!

La apuntó al pecho, dispuesto a matarla, sabiendo ya que no podría controlar la situación. Lorena gritó.

Entonces, por detrás de ella, sonó el estampido de otra pistola. La bala crujió sobre su cabeza, con sonido idéntico al de antes. Ante los ojos desorbitados de Lorena, el rostro de Maxwells se convirtió en un manchurrón de sangre. Todo el cuerpo del hombre se estremeció mientras saltaba hacia atrás soltando la pistola. Desapareció en el vestíbulo del edificio. Lorena volvió la cabeza, y vio el desencajado y palidísimo rostro de Nelson Gray en la ventanilla de su coche, detrás de la pistola. Nelson miraba hacia la puerta del edificio, tenso el dedo sobre el gatillo, pero en pocos segundos se convenció de que la cuestión había terminado.

Salió del coche, se guardó la pistola, y fue a acucillarse junto a Lorena.

—¿Cómo va eso? —preguntó, intentando aparecer despreocupado.

—Me... me parece... —tartamudeó Lorena— que esta noche tampoco... tampoco podremos hacer el amor, Nelson...

Y se desmayó.

ESTE ES EL FINAL

Una semana más tarde, en plena cicatrización la herida del costado, que no había revestido mayor importancia, Lorena Loving entraba en su apartamento, seguida de Nelson Gray, que cerró la puerta.

—¡Es maravilloso volver aquí! —exclamó Lorena.

—Supongo que sí —dijo Nelson—; este apartamento tiene muy buenas vistas.

—¡No lo digo por eso! Creí... Cuando vi los ojos de aquel hombre me di por muerta.

—Por suerte no fue nada. Y todo quedó solucionado.

—Todo no —se volvió de pronto Lorena hacia él—; ¡falta lo de mis fotografías!

¡Quisiera saber adónde han ido a parar!

—A mi dormitorio. Todas ellas. ¿Qué tal si echamos un vistazo desde la terraza? Eso nos relajará completamente. Y veremos toda la carne en el asador: preciosas chicas de hermosos pechos al sol, carne a la parrilla.

—¿Eso es lo que quieres hacer? —murmuró Lorena.

—Me gustaría.

—¡Pues hazlo tú! ¡Y cuando te hayas hartado de mirar pechos al sol, cuando estés harto de carne a la parrilla, puedes marcharte! ¡Estúpido! Echó a correr hacia su dormitorio, al que entró agitadísima. Tanto, que tardó algunos segundos en asimilar lo que estaba viendo: sus fotografías. Las fotografías que le había hecho clandestinamente Charles Watkins estaban allí, clavadas en las paredes de su dormitorio. ¿De su dormitorio? Nelson había dicho que estaban en el dormitorio *de él*... Todavía tardó Lorena unos segundos en comprender. Y cuando lo consiguió, cuando comprendió que Nelson Gray había decidido que aquél fuese *su* dormitorio, lanzó una exclamación.

—¡Soy una estúpida! —se auto insultó.

Un minuto más tarde, aparecía en la terraza, cubierta sólo con su albornoz. Nelson Gray estaba mirando apaciblemente el bello espectáculo de May Beach: el mar, la arena dorada, los balandros, las chicas... Todo.

—Nelson —él se volvió, y ella abrió su albornoz, mostrando toda su belleza—, te doy a elegir: o todo ese montón de carne tonta a la parrilla, o poner la tuya en el asador. O te quedas aquí, o entras conmigo.

—¿Significa eso que puedo quedarme para siempre?

—Para siempre, no sé... Pero podríamos tomarnos cincuenta o sesenta años de prueba.

¡Oh, por Dios, qué tonto eres!

—No lo creo yo así —se acercó él—: si fuese tonto, no me habría

enamorado de ti. Bien..., ¿qué decías de poner la carne en el asador?
Ella le tomó una mano y tiró de él hacia el interior del apartamento.
—Ven —susurró—: vamos a poner los dos la carne al asador, mi amor...

F I N

Índice

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

ESTE ES EL FINAL